

Melambo. Tradiciones e historias de Guamal

Autor: John Carlos Pedrozo-Pupo

Historia de Santa Marta y el "Magdalena Grande". Del período Nahuange al siglo XXI

Compiladores: Jorge Elías-Caro
y Joaquín Viloría De la Hoz

Acordeones, cumbiamba y vallenato en el Magdalena Grande: una historia cultural, económica y política, 1870-1960

Autor: Joaquín Viloría De la Hoz

Derechos de propiedad y crecimiento económico en la historia agraria:

contribuciones para una perspectiva comparada en América y Europa

Compiladores: Salvador Álvarez, Margarita Menegus y Alejandro Tortolero

Simón Bolívar. Entre Escila y Caribdis

Autor: Jorge R. Ibarra Cuesta

Jugar con fuego. Guerra social y utopía en la Independencia de América Latina

Autor: Sergio Guerra Vilaboy

La educación superior en la provincia de Santa Marta y el Magdalena. Siglo XIX

Autores: Jorge Enrique Elías-Caro
y William Renán-Rodríguez

Los seguros en Colombia y la experiencia de la Compañía Bananera de Seguros: 1960-1970

Autores: Jorge Enrique Elías-Caro
y David Numa Florian

Santa Marta del olvido al recuerdo: historia económica y social de más de cuatro siglos

Editor: Jorge Enrique Elías-Caro

Este libro se centra en el papel de la acción cultural desarrollada por algunos personajes latinoamericanos que residieron en España entre 1880 y 1936. A través de diversos enfoques analíticos, se abordan las trayectorias de diplomáticos de diferente rango que, al margen del ejercicio de sus funciones de representación, actuaron en la vida cultural española. La selección también incluye a algunos intelectuales connotados que desarrollaron una especie de diplomacia informal de repercusiones notables. El arco cronológico en el que discurren las estancias españolas de unos y otros abarca un período que, salvo alguna excepción, se inicia después del establecimiento de las relaciones bilaterales entre los países americanos y la que fuera su metrópoli colonial y toca a su fin en vísperas de la Guerra Civil española.

Al margen de lo temporal, el compendio recorre un amplio espectro geográfico que comprende a diplomáticos e intelectuales de México, Guatemala, Colombia, Perú, Argentina, Uruguay, Chile, Cuba y República Dominicana, contribuyendo a llenar un vacío historiográfico en el campo de las relaciones sostenidas entre estos países y España entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX.

Las diferentes aportaciones se sustentan sobre un amplio repertorio de fuentes procedentes en buena medida de los Archivos Nacionales y de Relaciones Exteriores de España, México, Uruguay, Guatemala, Colombia, Perú y Chile, así como de otros repositorios públicos y privados de Madrid, Barcelona, Málaga, Huelva y Barranquilla. La prensa impresa utilizada en todos los casos procede de distintas hemerotecas españolas, latinoamericanas y de los Estados Unidos.



Pilar Cagiao Vila y Jorge Enrique Elías-Caro
(Compiladores)

ESPAÑA COMO ESCENARIO

Política y acción cultural de
diplomáticos latinoamericanos
(1880-1936)

Pilar Cagiao Vila. Doctora en Geografía e Historia por la Universidad Complutense de Madrid y Profesora Titular de Historia de América en la Universidad de Santiago de Compostela donde ha sido Directora del Centro Interdisciplinario de Estudios Americanistas y actualmente coordina el Grupo de Investigación HistAmérica. Como profesora invitada, ha impartido cursos de posgrado, doctorado y máster sobre las relaciones España-América en universidades europeas (Universidade Portucalense, París VII, UDC, UHU) y latinoamericanas. Acerca del tema concreto de las relaciones culturales ha escrito numerosos artículos en obras colectivas y ha coordinado varias monografías, la última de ellas, titulada, *Donde la política no alcanza. El reto de diplomáticos, cónsules y agentes culturales en la renovación de las relaciones entre España y América, 1880-1939* (Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2018). En la actualidad es vocal de la junta directiva de la Asociación Española de Americanistas (AEA).

Jorge Enrique Elías-Caro. Profesor de la Universidad del Magdalena. Cuenta con estancias de investigación en Patrimonio por la Universidad de Huelva (España) y Postdoctorado en Historia Económica de América Latina por la Pontificia Universidad Católica de Sao Paulo PUCSP (Brasil). Es Doctor en Ciencias Históricas y Máster en Historia Contemporánea, mención Estudios Latinoamericanos por la Universidad de La Habana (Cuba); Magíster en Administración de Empresas por la Universidad del Norte (Colombia). Actualmente es el Presidente de la Asociación de Historia Económica del Caribe (AHEC), Vicepresidente de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) y de la Asociación Colombiana de Estudios del Caribe (ACOLEC). Entre sus libros publicados están: *Ciudades portuarias en la gran cuenca del Caribe. Visión histórica* (2010) y *La Educación Superior en la Provincia de Santa Marta y el Magdalena. Siglo XIX* (2016).

España como escenario.
Política y acción cultural de diplomáticos
latinoamericanos (1880-1936)



España como escenario : política y acción cultural de diplomáticos latinoamericanos (1880-1936) / Pilar Caglio Vila y Jorge Enrique Elías-Caro, compiladores. – 1a. ed. -- Santa Marta : Universidad del Magdalena, 2018.

446 p. — (Colección Humanidades y Artes, serie: Historia)

Incluye bibliografía.

ISBN 978-958-746-157-2 -- 978-958-746-158-9 (pdf) -- 978-958-746-159-6 (e-pub)

1. Diplomacia - América Latina - Siglos XIX-XX 2. Diplomáticos - América Latina - Vida cultural 3. Relaciones internacionales y cultura - América Latina - Siglos XIX-XX 4. América Latina - Relaciones exteriores - España - Siglos XIX-XX I. Caglio Vila, Pilar, comp. II. Elías-Caro, Jorge Enrique, comp.

CDD: 327.8046 ed. 23

CO-BoBN- a1037102

Primera edición, noviembre de 2018

© UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA

Editorial Unimagdalena

Carrera 32 No. 22 - 08 / bloque 8 - segundo piso

(57 - 5) 4217940 Ext. 1888

Santa Marta D.T.C.H. - Colombia

editorial@unimagdalena.edu.co

<https://editorial.unimagdalena.edu.co>

Colección Humanidades y Artes, serie: Historia

Rector: Pablo Vera Salazar

Vicerrector de Investigación: Ernesto Amarú Galvis Lista

Coordinador de Publicaciones y Fomento Editorial: Jorge Enrique Elías-Caro

Diagramación: Luis Felipe Márquez Lora

Diseño de portada: Andrés Felipe Moreno Toro

Editor literario: Clinton Ramírez C.

Corrección de estilo: Gran Caribe, Pensamiento, Cultura, Literatura

Santa Marta, Colombia, 2018

ISBN: 978-958-746-157-2 (impreso)

ISBN: 978-958-746-158-9 (pdf)

ISBN: 978-958-746-159-6 (epub)

Impreso y hecho en Colombia - Printed and made in Colombia

Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S. - Xpress Kimpres (Bogotá)

El contenido de esta obra está protegido por las leyes y tratados internacionales en materia de Derecho de Autor. Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio impreso o digital conocido o por conocer. Queda prohibida la comunicación pública por cualquier medio, inclusive a través de redes digitales, sin contar con la previa y expresa autorización de la Universidad del Magdalena.

Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad del autor y no compromete al pensamiento institucional de la Universidad del Magdalena, ni genera responsabilidad frente a terceros.

ESPAÑA COMO ESCENARIO

Política y acción cultural de
diplomáticos latinoamericanos
(1880-1936)

Pilar Cagiao Vila y Jorge Enrique Elías-Caro
(Compiladores)

Contenido

Presentación.....	7
El Consulado General de México en La Habana y las relaciones triangulares entre México, Cuba y España (1886-1898)	
Agustín Sánchez Andrés.....	23
Resonancias de un camino más allá de la política: el uruguayo Juan Zorrilla de San Martín y España	
Pilar Cagiao Vila.....	51
Alberto I. Gache: un cónsul argentino en La Pedrera de Barcelona	
Gabriela Dalla Corte Caballero	87
Veinte años de actividad diplomática y cultural del “otro Gómez Carrillo” (1903-1923)	
Rosario Márquez Macías y Pilar Cagiao Vila	115
Enrique Deschamps: un diplomático caribeño ante el hispanismo identitario en los albores del siglo XX	
Nieves Verdugo-Álviz	167

El poeta Julio Flórez, diplomático colombiano en España: “Un coronado de laureles”	
Jorge Enrique Elías-Caro.....	195
Representación, propaganda y vínculos americanistas. Los cónsules del Perú en la Barcelona de la década de 1920	
Ascensión Martínez Riaza.....	281
José María Chacón y Calvo o la cultura como diplomacia: Madrid, 1918-1936	
Fernando Bruquetas de Castro.....	319
Una embajada extraordinaria chilena para la Exposición Iberoamericana de Sevilla: la misión de Conrado Ríos Gallardo de 1929	
Juan Luis Carrellán Ruiz.....	345
Alfonso Reyes como “puente” de americanismo	
M ^a Palmira Vélez Jiménez.....	367
La estancia española de Sanín Cano: colaboraciones periodísticas, pensamiento americanista e influencia intelectual	
Manuel Andrés García.....	405

Presentación

La diplomacia pública, aparte de llevar a cabo su rol protagónico en las relaciones internacionales entre países, se desarrolla en buena medida a través de la acción cultural. De ahí deriva el concepto de “diplomacia cultural”, entendido como un elemento decisivo y dinamizador de lo nacional fuera de las propias fronteras, que permite visibilizar las manifestaciones culturales de cada país por medio de su representación en el exterior. Por tanto, su principal función es fomentar el “diálogo transnacional entre culturas y naciones” (Saddiki, 2009, p. 107). Aunque son los funcionarios quienes la despliegan, su impulso no está necesariamente ligado al ejercicio diplomático, ya que dependiendo de su formación, vocación o inquietudes personales, en muchas ocasiones su actividad pública está desligada de las labores culturales que realizan a título particular como “una forma de vida”. Por eso, fuera de las funciones que se les atribuye como empleados diplomáticos, de manera práctica, a lo largo de la historia frecuentemente embajadores, cónsules y agregados comerciales y militares han realizado distintas actividades relacionadas con diferentes expresiones de la cultura, ya fuese en el campo de la literatura, como en el de la música o las artes plásticas, que demuestran que la diplomacia cultural, “no es del dominio exclusivo de los Estados-Nación” (Eliot, 1962, p. 27).

Sin embargo, sí repercute de forma directa e indirecta en “las relaciones entre pueblos y naciones”, tal y como afirma Saddiki (2009, p.107). Siguiendo a este autor, esta categoría transnacional

de la cultura empezó a consolidarse como el tercer pilar fundamental de las actividades diplomáticas en el mundo detrás de las meramente políticas y económicas o de puro interés comercial. Así pues, una de las funciones primordiales de la diplomacia cultural es la de servir de puente para la comprensión mutua entre países a través del intercambio de ideas, nuevas corrientes de pensamiento y datos con información actualizada acerca de diversos aspectos de la cultura (Cummings, 2003, p. 1). Lo que sin duda parece cierto es que cuando un país aprovecha sus dimensiones en este terreno fuera de sus límites territoriales, las distintas manifestaciones de su cultura se convierten en una especie de “poder blando” (Nye, 2004) que goza de un innegable atractivo.

Los anteriores razonamientos teóricos fueron el telón de fondo que se tuvo en cuenta a la hora plantear, a través de un libro, las relaciones entre diplomacia y cultura a lo largo de un período determinado. Aparte de resultar una tarea difícil, acarrea el reto de tratar de aunar diferentes enfoques analíticos que, más allá de lo estrictamente cultural, tratan de explicar una multiplicidad de aspectos referidos a la situación política, económica y social de cada uno de los casos seleccionados.

El contenido de la monografía que aquí presentamos, titulada *España como escenario. Política y acción cultural de diplomáticos latinoamericanos (1880-1936)*, pretende justamente aproximarse a todo lo que se ha expuesto partiendo de la actividad que ciertos personajes procedentes de algunos países de América Latina llevaron a cabo en España. En la mayoría de los casos se trató de diplomáticos de distinto rango que, al margen del ejercicio de sus funciones de representación, actuaron en la vida cultural peninsular. Además, la selección también incluye a algunos intelectuales connotados que, gracias a la actividad en este campo, ejercieron una especie de diplomacia paralela de carácter informal que tuvo repercusiones notables. El arco cronológico en el que discurren las estancias españolas de unos y otros abarca un período de más

de sesenta años que, salvo alguna excepción, se inicia después del establecimiento de las relaciones bilaterales entre los países americanos y la que fuera su metrópoli colonial y toca a su fin en vísperas de la Guerra Civil española.

Este compendio consta de once capítulos que, al margen de lo temporal, recorren un amplio espectro espacial. Los diferentes autores han investigado en la trayectoria de diplomáticos e intelectuales representativos de México, Guatemala, Colombia, Perú, Argentina, Uruguay, Chile, Cuba y República Dominicana, lo que evidencia un cubrimiento continental que incluye representantes de países que van de Norte a Sur América, pasando por el área centroamericana y las Antillas hispanas en el Caribe.

La organización final de la monografía atiende, por un lado, a criterios cronológicos y, por otro, geográficos. En el último caso, no tanto por la procedencia de las figuras elegidas por los autores, como por su lugar de actuación en España que, aunque en ocasiones implicó cierta movilidad, tendieron a desenvolver su actividad en algún foco principal y en sus estructuras de sociabilidad nutridas por escritores, periodistas y diplomáticos quienes, a veces, lo eran todo a la vez. No ha existido ningún orden de prelación más que el indicado sobre el que incluso tuvimos algunas dudas a la hora de ordenar los diferentes aportes, de responsabilidad estricta de cada uno de sus autores. Respecto del criterio cronológico, el libro se ha organizado tomando como referentes algunos de los momentos álgidos de las relaciones entre España y América, que tuvieron lugar tras la definitiva ruptura colonial, que fue la que precisamente sirvió de acicate para replantear un nuevo marco para los intercambios bilaterales con los diversos países encontraron una de sus mejores expresiones en el ámbito cultural.

En virtud de lo expuesto el libro inicia con la contribución de Agustín Sánchez Andrés (Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-México), quien aborda la actividad de un cónsul mexicano en Cuba cuando

la mayor de las Antillas era aún colonia española. Bajo el título *Un puente entre México, Cuba y España: Andrés Clemente Vázquez en el consulado general de La Habana, 1883-1898*. Sánchez Andrés analiza la red consular establecida en el Caribe por parte de México que, en buena medida, canalizó las relaciones de este país con las autoridades coloniales de la región. El Consulado General de México en La Habana, ocupado entre 1883 y 1898 por el jurista, diplomático y literato cubano Andrés Clemente Vázquez constituyó el núcleo central de esta red. Desde allí, Vázquez desplegó, durante su gestión, una intensa actividad como agente de la diplomacia porfirista en el marco de unas relaciones de carácter triangular entre México, Madrid y La Habana. El representante mexicano utilizó su amplia red de contactos entre los intelectuales cubanos y mexicanos, sumada a su condición de maestro ajedrecista internacional, para tratar de estrechar los vínculos entre México y Cuba e influir en la política del régimen porfirista hacia la Isla. En este sentido, Vázquez trascendió en ocasiones el papel de un mero operador, a pesar de que, a la postre, sus iniciativas se vieron limitadas por el predominio de los canales diplomáticos regulares entre México y Madrid.

Si bien es verdad que entre las muchas consecuencias derivadas de la derrota española en la guerra hispano-norteamericana de 1898 suele señalarse la reconciliación intelectual de la exmetrópoli con las que fueran sus colonias en clave regeneracionista, no es menos cierto que ese ambiente comenzó a gestarse algunos años atrás con motivo de la celebración en España de los actos conmemorativos del IV Centenario. En buena medida proyectada ante la campaña panamericana lanzada por los Estados Unidos, que anunciaba de lejos la emergencia de un imperialismo que no tardaría en manifestarse, acudieron al evento representantes de la mayoría de los países americanos y de sus élites de corte liberal y oligárquico.

Ese marco es precisamente el que se explora en el segundo capítulo que corre a cargo de Pilar Caglio Vila (Universidad de

Santiago de Compostela-España) bajo el epígrafe *Resonancias de un camino más allá de la política: el uruguayo Juan Zorrilla de San Martín y España*. A través de fuentes procedentes de distintos acervos documentales uruguayos y españoles, esta historiadora recupera la figura del célebre autor de *Tabaré* durante su estancia en España, a donde llegó como Enviado Especial y Ministro Plenipotenciario de su país en vísperas de la celebración de aquel evento conmemorativo. En esa coyuntura, el perfil de Zorrilla de San Martín —hispanista de talante conservador de ascendencia española y católico militante— encajaba al dedillo, no solo con el espíritu de los fastos ideados por los políticos españoles de la Restauración, sino también con las aspiraciones de internacionalización del gobierno de la República Oriental del Uruguay. A su labor diplomática, que se extendió más allá de 1892, ejercida primero en Madrid y luego en París, Zorrilla de San Martín sumó una intensa actividad cultural —de la que dejó numerosos testimonios públicos y privados— que le permitió acceder a los principales círculos literarios de la época. Tras ser cesado fulminantemente en sus funciones por el Gobierno de Juan Lindolfo Cuestas, una vez que regresó a Montevideo, mantuvo, hasta su muerte, un estrecho contacto con España que, en buena medida, aunque no exclusivamente, se plasmó en sus colaboraciones con la colectividad española del Uruguay.

Las siguientes contribuciones se centran en una etapa que deja atrás la celebración del Congreso Social y Económico Hispano-Americano realizado en Madrid en 1900 y que estuvo influenciada por el ciclo conmemorativo de las independencias americanas iniciado en la primera década del siglo XX. Ambos hechos supusieron otro punto de inflexión significativo en las relaciones entre España y los países americanos hasta los años veinte. Sin embargo, en lo que respecta a este libro, el criterio estrictamente cronológico se cruza con el de carácter geográfico que expusimos con anterioridad. Así, a partir del tercer capítulo

se aborda la actividad de una serie de diplomáticos latinoamericanos -cuyos itinerarios intelectuales coinciden temporalmente en más de una ocasión- fundamentalmente cónsules que trabajaron en Barcelona durante las primeras décadas del siglo XX. En este punto conviene señalar que, tras la pérdida de las últimas colonias por parte de España, en la capital catalana, por otro lado, uno de los puertos más importantes de la costa peninsular, surgió un activo movimiento de corte americanista promovido por sectores intelectuales, y sobre todo empresariales, cuyas pretensiones estaban encaradas a la gestión de las relaciones económicas, sociales y culturales con los países latinoamericanos. Para ello, desde los inicios del siglo XX, dichos sectores catalanes se preocuparon por trabajar estrechamente con los representantes consulares con el objetivo de convertir su gestión en uno de los puntales principales del intercambio internacional desde todos los puntos de vista.

Sobre todas estas iniciativas giró sistemáticamente una de las líneas de investigación desarrolladas por Gabriela Dalla Corte (Universidad de Barcelona), fallecida en el transcurso de la confección de este libro, para el que nos dejó un trabajo titulado *Alberto I. Gache: un cónsul general argentino en La Pedrera de Barcelona*. Esta investigación está inscrita en la amplia nómina de trabajos que jalaron parte del quehacer académico de nuestra querida colega, volcado, en buena medida, en las relaciones entre Cataluña y América Latina a través de una institución denominada Casa de América de Barcelona que inició su andadura en 1911 y fue extraordinariamente activa hasta el estallido de la Guerra Civil. Con ese telón de fondo, Dalla Corte acometió la trayectoria de quien llegó a ser designado decano del cuerpo consular de la ciudad condal. Gache ejerció en Barcelona durante más de veinticinco años, participando de manera muy activa en el fomento de las relaciones culturales, sociales y mercantiles entre Argentina y Cataluña. Más allá de los diversos partidos políticos que gobernaron en su país y de los conflictos internos españoles,

la actividad de Gache como cónsul general tuvo como eje central la lucha contra el sometimiento de su país al modelo clásico de dominio colonizador, en particular en el ámbito cultural y marítimo. La investigación se basó en la correspondencia de Gache con la Casa de América, cuyos originales se conservan en el Pabellón de la República de la Universidad de Barcelona, las fuentes hemerográficas existentes en dicha entidad y en la Biblioteca Nacional de Catalunya, así como otras procedentes del Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona y la Biblioteca de la Facultad de Letras.

Los vínculos con la Casa de América de Barcelona, así como otras facetas de su actividad diplomática y cultural, forman parte del aporte de Rosario Márquez Macías (Universidad de Huelva-España) y Pilar Cagiao Vila (Universidad de Santiago de Compostela-España). Ambas autoras, en el capítulo titulado *Veinte años de actividad diplomática y cultural del "otro Gómez Carrillo" (1903-1923)*, analizan el itinerario biográfico, diplomático y cultural del guatemalteco Ricardo Gómez Carrillo. El protagonista del texto, escrito a cuatro manos por Márquez y Cagiao, absolutamente desconocido tanto por la historiografía española como guatemalteca, ocupó el consulado de su país en Barcelona entre 1904 y 1919. La investigación sobre su inexplorada biografía, por la que transitan personajes como su hermano, el célebre escritor modernista Enrique Gómez Carrillo, Rubén Darío y otros intelectuales latinoamericanos y españoles de la época, recorre no solo su faceta como representante consular del dictador Manuel Estrada Cabrera, sino también su actividad como escritor y periodista. En España, Ricardo Gómez Carrillo participó en diferentes modelos de asociacionismo americanista surgidos en Cataluña y Andalucía, donde viajó con mucha frecuencia y, en ocasiones, pasó largas temporadas. Finalizada su actividad diplomática en Barcelona, y después de un par de años en Madrid seguidos de una gira por Centroamérica y el Caribe, recaló en San Francisco como vicecónsul de Guatemala, donde colaboró con los medios

de prensa de las colectividades hispanoamericanas de los Estados Unidos. En el amplio repertorio de fuentes utilizadas por las autoras destacan las epistolares, procedentes de archivos españoles y latinoamericanos, y diversas colecciones de prensa de ambas orillas del Atlántico.

Casi al mismo tiempo que el personaje anterior, comenzó a laborar en Barcelona el representante consular de la República Dominicana. De él se ha ocupado Nieves Verdugo Álvez, doctoranda de la Universidad de Huelva, en un texto que lleva por título *Enrique Deschamps: un diplomático caribeño ante el hispanismo identitario en los albores del siglo XX*. En esta contribución, examina la figura de este intelectual dominicano al tiempo que realiza un análisis de su prolífera labor hispanoamericanista, no solo durante su desempeño al frente del consulado general de su país en Barcelona, sino también en otros escenarios, como París y Nueva York, en los que actuó con posterioridad.

El capítulo desarrollado por Jorge Elías-Caro (Universidad del Magdalena-Colombia) analiza las actividades que Julio Flórez, catalogado como uno de los poetas más importantes en Colombia del primer cuarto del siglo XX; trabajó exactamente dos años, primero en Madrid, como secretario general de la Legación de su país (entre agosto de 1907 y agosto de 1909) y posteriormente en el consulado de Barcelona como agregado cultural de agosto de 1909 hasta enero de 1910. Durante estos años, no solo llevó a cabo sus funciones diplomáticas, sino que también, como fruto de su obra poética, se enroló en la vida cultural española de la época, participando en tertulias literarias, fundando revistas culturales y publicando varios libros en las casas editoriales de estas ciudades. Algunos de ellos fueron prologados y elogiados por los principales literatos y gestores culturales españoles y franceses y también por latinoamericanos residentes en ese tiempo en Europa, lo que originó un intercambio cultural permanente entre este personaje de la lírica hispanoamericana y otros como Salvador Rueda Santos,

Francisco de Villaespesa, Fernando González Rodríguez, Amado Nervo, Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, con quienes, además, compartió columnas de revistas y periódicos.

Para llevar a cabo este análisis, que Elías-Caro ha titulado *El poeta Julio Flórez, diplomático colombiano en España: "Un coronado de laureles"*, el autor utilizó fuentes de diferentes repositorios de su país, España, Cuba y Estados Unidos, entre las que reposan en los fondos del Ministerio de Relaciones Exteriores del Archivo General de la Nación de Colombia, en Bogotá, y del Archivo Histórico Nacional de España, en Madrid, sin olvidar las depositadas en las hemerotecas de las Bibliotecas Nacionales de estos países y otras de carácter regional. Asimismo, el autor efectuó una revisión de la obra literaria de Flórez llevada a cabo en España, la cual estuvo matizada por los influjos europeos, aunque sin perder nunca de vista los ideales de liberal radical que siempre caracterizaron al poeta colombiano. Como asevera Elías-Caro, casi podría decirse que su estancia en España fue producto de un exilio "diplomático", en el doble sentido de la palabra, con el fin de silenciar la poesía de este escritor que atentaba contra el "régimen conservador hegemónico" se había instalado en Colombia desde 1886.

Seguidamente, Ascensión Martínez Rianza (Universidad Complutense de Madrid-España), en el capítulo titulado *Representación, propaganda y vínculos americanistas. Los cónsules del Perú en la Barcelona de la década de 1920*, explica que las relaciones oficiales entre el Perú y España estuvieron encomendadas a representantes diplomáticos y cónsules de distintas categorías, cuyas trayectorias y gestión son todavía escasamente conocidas. La propuesta que plantea esta autora ha tomado como caso de estudio el alcance y las limitaciones del Consulado del Perú en Barcelona, el de mayor importancia durante el primer tercio del siglo XX. La razón es que la ciudad condal era centro neurálgico, tanto económico como cultural y, por ello, fue priorizada por los gobiernos peruanos. Durante el Oncenio de Leguía (1919-1930) y

la Dictadura de Primo de Rivera (1924-1930) se intensificaron los vínculos institucionales y culturales entre ambos países y los cónsules en Barcelona tuvieron un papel activo. A partir de la correspondencia inédita consultada en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, fuentes impresas -especialmente prensa- y bibliografía especializada, se reconstruye la secuencia de los cónsules, se les caracteriza y se presenta cuáles fueron las prioridades de su agenda. Según el Reglamento consular, sus funciones eran incentivar el comercio, atender a sus conciudadanos y, sobre todo, hacer propaganda y ejercer la representación de la República. El trabajo incide en estos dos últimos supuestos. Por un lado, en su preocupación por dar a conocer los logros del Oncenio y difundir las riquezas del Perú con la finalidad de atraer inmigrantes y negocios y, por otro, en sus tareas de representación centradas en buscar la vinculación con instituciones como la Casa de América y en fomentar la presencia del Perú en congresos y manifestaciones como la Exposición Internacional de 1929.

El panorama de representantes diplomáticos de esta compilación, pero esta vez actuando en Madrid, lo continúa Fernando Bruquetas de Castro, (Universidad de Las Palmas de Gran Canaria-España) con el texto intitulado *José María Chacón y Calvo o la cultura como diplomacia: Madrid, 1918-1936*. En este trabajo el autor explica de manera sucinta las distintas experiencias diplomáticas y culturales de José María Chacón y Calvo como secretario de la Legación de Cuba en España. El autor del capítulo, además de expresar que todos los que le conocieron lo calificaron como una persona erudita, virtuosa y fiel amigo, define a Chacón como un diplomático por antonomasia. De su biografía destaca que ostentó el título nobiliario de Conde de Casa Bayona y que durante su estancia en España, entre 1918 y 1936, sobresalió por sus investigaciones históricas que, tal y como afirma Bruquetas de Castro, llegarían a tener extraordinaria trascendencia en la manera de interpretar las fuentes documentales.

A continuación, en el capítulo titulado *Una embajada extraordinaria chilena para la Exposición Iberoamericana de Sevilla: la misión de Conrado Ríos Gallardo de 1929*, su autor, Juan Luis Carrellán Ruiz (Universidad de Córdoba-España), explica que coincidiendo con la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929, el gobierno chileno presidido por Carlos Ibáñez designó una embajada extraordinaria al mando de Conrado Ríos Gallardo, destacado miembro de ese ejecutivo hasta meses antes de esa misión. El nombramiento de Ríos Gallardo fue un premio a sus gestiones diplomáticas con el gobierno peruano que tuvo como resultado el Tratado de 1929 que puso fin al contencioso sobre Tacna y Arica. La misión de Conrado Ríos, además de representar a Chile durante la semana que se dedicaba a este país en la muestra sevillana, tenía como objetivo iniciar conversaciones con las autoridades españolas para lograr un acuerdo en materia comercial sobre el internamiento de salitre en España. La visita de este representante chileno dio los frutos esperados que se concretaron en la firma del tratado comercial al que Chile aspiraba.

Los dos capítulos finales de esta monografía acometen parte del itinerario español de dos intelectuales latinoamericanos abordado desde la perspectiva de haber actuado como verdaderos promotores de la acción cultural sin que esta coincidiera con un cargo diplomático formal. En el caso del mexicano Alfonso Reyes, quien más adelante sí llegaría a ostentarlo, Palmira Vélez Jiménez (Universidad de Zaragoza-España) pone el foco de atención en una etapa anterior destacando su papel intelectual como nexo entre las élites políticas y culturales de América y Europa de las primeras décadas del siglo XX. Establecido primeramente en Francia y luego en España entre 1914 a 1924, Reyes consiguió integrarse plenamente en las redes hispanoamericanas de la sociabilidad letrada de ambos países. Ello le permitió tejer lazos de influencia lo suficientemente sólidos como para que, una vez retornado a su tierra y sobre la base de una visión renovada del

hispanismo ejercida desde la presidencia de la Casa de España, sirviesen de lazo de aproximación con los exiliados españoles que tras la Guerra Civil arribaron a México. De ahí el epígrafe con el que Vélez Jiménez titula su investigación -*Alfonso Reyes como “puente” de americanismo*- en la que se destaca su actuación al frente de la sección semanal sobre “Historia y Geografía” publicada en las páginas del diario madrileño liberal *El Sol*.

Por su parte, Manuel Andrés García (Universidad de Huelva), presenta un trabajo titulado *La estancia española de Sanín Cano: Colaboraciones periodísticas, pensamiento americanista e influencia intelectual*. En su aproximación al personaje, identifica a Sanín como uno de los eruditos más relevantes de la Colombia contemporánea. Reconocido como uno de los ensayistas más sobresalientes de su época, los testimonios sobre su calidad intelectual, literaria y periodística nos hablan de un personaje singular que, manejándose en ámbitos aparentemente desligados, no dejaría indiferente a nadie. Impulsor del modernismo colombiano, fue de su mano que el público colombiano conocería a autores y pensadores como Nietzsche, Ibsen, Taine o Shaw, abriendo la ventana a un aire de renovación y vanguardia que no siempre sería bien recibido por un tradicionalismo cultural local. Estos roces entre el cosmopolitismo de Sanín y la hispanofilia propia de la intelectualidad conservadora coetánea han alimentado la imagen de un Sanín eminentemente europeísta.

Sin embargo, según afirma Andrés García, lo cierto es que el intelectual antioqueño mantendría, a lo largo de su vida, una intensa relación con lo más granado de la intelectualidad española. Relación que aumentó durante su estancia en Londres y, sobre todo, durante el tiempo en el que se instaló en Madrid como corresponsal del diario argentino *La Nación*, convirtiéndose en un habitual de los principales foros de la intelectualidad madrileña, así como en un referente de los círculos hispanoamericanistas. Este capítulo se centra en dicha estadía haciendo especial incidencia en

la vertiente americanista de su vivencia, la notoriedad que cobraría dentro del asociacionismo español y en su particular percepción de lo que debían ser las relaciones España-Hispanoamérica ante el panamericanismo y el nuevo contexto de entreguerras.

A nuestro juicio, este libro contribuye a cubrir un vacío historiográfico en el campo de las relaciones diplomáticas y culturales sostenidas por los países latinoamericanos y España entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX. No obstante, su interés no radica exclusivamente en que sus autores hayan seleccionado con acierto una serie de personajes que tuvieron mayor o menor protagonismo en esas relaciones, sino también en el amplio repertorio de fuentes primarias y secundarias en las que se sustentan los diferentes trabajos. Entre las primeras cabe destacar la investigación en los Archivos Nacionales y de Relaciones Exteriores de España, México, Uruguay, Guatemala, Colombia, Perú y Chile.

Además de estos, algunas investigaciones han bebido de fuentes que obran en otros repositorios públicos y privados de Madrid, Barcelona, Málaga, Zaragoza, Huelva, Vigo, Santiago de Compostela, La Habana, Nueva York, Bogotá y Barranquilla. La prensa impresa utilizada en todos los casos —fuente imprescindible como uno de los espacios privilegiados para el diálogo cultural— procede de distintas hemerotecas españolas, latinoamericanas y de los Estados Unidos. Todo este esfuerzo investigador y de diversificación de fuentes utilizadas, adicionado a la vasta bibliografía empleada para apoyar los diferentes análisis, otorga a esta compilación un valor añadido al del contenido de los textos que la integran.

Por último, resta a sus coordinadores, Jorge Elías-Caro (Universidad del Magdalena-Colombia) y Pilar Cagiao Vila (Universidad de Santiago de Compostela-España), colegas profesionales y amigos de larga data, dedicar unas breves líneas al origen de este libro. La coincidencia de intereses para llevar a cabo esta compilación nace de los varios congresos científicos organi-

zados por la Asociación Española de Americanistas (AEA) y por la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC), a las que ambos historiadores, así como varios de los autores de la monografía, están estrechamente vinculados.

En todos estos encuentros hubo oportunidad de que participasen la mayor parte de los integrantes del Proyecto de Investigación *Donde la Política no alcanza. El reto de diplomáticos, cónsules y agentes culturales en la renovación de las relaciones entre España e Iberoamérica, 1880-1939* (HAR2015-59250R), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad de España, del que Cagiao Vila es Investigadora Principal, integrado por profesionales de diferentes universidades españolas —Ascensión Martínez Riaza (Universidad Complutense de Madrid), Palmira Vélez Jiménez (Universidad de Zaragoza), Gabriela Dalla Corte Caballero (Universidad de Barcelona), Rosario Márquez Macías y Manuel Andrés García (Universidad de Huelva)— y Agustín Sánchez Andrés del Instituto de Historia de la Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo.

El mencionado proyecto, que ya cuenta con varios resultados dados a conocer a la comunidad científica acerca de determinados entramados que alentaron empresas colectivas partiendo de iniciativas individuales de diplomáticos, cónsules y agentes culturales del mundo americano, suscitó vivamente el interés del profesor Jorge Elías-Caro, no solo por los objetivos que perseguía, sino también por percatarse de que en dicha iniciativa investigativa estaba ausente el caso de Colombia. De aquella constatación surgió su inquietud de enriquecer el panorama de investigación del proyecto pergeñado en España, dando lugar a otro coordinado por él y referido a la contribución colombiana, sin duda, sumamente importante para ampliar las miradas latinoamericanas sobre las relaciones diplomáticas y culturales, el cual tuvo por título: *“Diplomacia y cultura: colombianos en España, 1900-1939”*, que contó con la financiación del Fondo de Ciencia y Tecnología

de la Universidad del Magdalena Fonciencias, producto de una pasantía internacional que realizó en el segundo semestre de 2017 en la Universidad de Huelva.

Así, de ambas iniciativas, enriquecidas por la discusión académica y por la buena disposición de la totalidad de los autores de los diferentes textos —dos de ellos, como Fernando Bruquetas Castro (Universidad de Las Palmas de Gran Canaria) y Juan Luis Carrellán (Universidad de Córdoba-España), ajenos a los proyectos iniciales, pero que entusiásticamente aceptaron el envite— surgió este libro que hoy ve la luz gracias a la receptividad y al buen hacer profesional de la Editorial Unimagdalena.

Pilar Cagiao Vila
Santiago de Compostela (España)

Jorge Elías-Caro
Santa Marta (Colombia)

LA ESTANCIA ESPAÑOLA DE SANÍN CANO: COLABORACIONES PERIODÍSTICAS, PENSAMIENTO AMERICANISTA E INFLUENCIA INTELLECTUAL

Manuel Andrés García³⁰⁵

Baldomero Sanín Cano ha sido considerado tradicionalmente como uno de los intelectuales más relevantes de la historia de Colombia. Periodista, político, ensayista, diplomático, crítico literario, su trayectoria pone de relieve no solo lo acertado de dicho juicio sino también la amplitud de miras de un erudito de reconocido prestigio entre sus coetáneos.

La reputación de Sanín no impidió que su figura cayese prácticamente en el olvido tras su muerte en 1957. Como bien señaló Rafael Maya, los elogios públicos que acompañaron su ataúd no fueron sino el preludeo del posterior silencio (Maya, 1961a, 19),

305. Profesor de la Universidad de Huelva. Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación *Donde la Política no alcanza. El reto de diplomáticos, cónsules y agentes culturales en la renovación de las relaciones entre España e Iberoamérica, 1880-1939* (HAR2015-59250R), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad de España.

no siendo hasta veinte años después de su fallecimiento que la cultura oficial recuperó su obra con la publicación de *Escritos*, una selección de textos editada por el Instituto Colombiano de Cultura (Urriago Benítez, 2007, p. 19).

Entender las causas de tal descuido nos llevaría a ilustrar la singularidad de Sanín. Singularidad acentuada por los dispares contextos en los que se manejó, no dejando indiferente a nadie fuera cual fuese el ámbito de opinión. Parafraseando a Consuelo Triviño, hablaríamos de un intelectual con unas inquietudes más próximas a la sensibilidad contemporánea que a la de los ensayistas de finales del XIX y comienzos del XX (Triviño Anzola, 1998, p. 137), si bien la huella de Sanín se extiende a lo largo de un arco temporal y geográfico tan amplio que todavía resalta más la importancia de su ascendiente.

Sanín fue una personalidad atípica dentro de la cultura colombiana, sobre todo por su capacidad para aglutinar y avenir a quienes, desde el tradicionalismo cultural patrio, pudieron ser tachados como extravagantes. Es esta una cualidad constatable en testimonios como los de Rafael Maya, al hablar de la influencia del antioqueño dentro del modernismo colombiano; o en estudios como el de Pablo Montoya en torno a la revista *Mito*, respuesta de la vanguardia poética del país a un piedracielismo³⁰⁶ instalado hasta el exceso en la hispanofilia literaria (Montoya Campuzano, 2010). Lo cierto es que el cosmopolitismo de Sanín, ostensible en su persistente europeísmo, ha sido habitualmente confrontado con el hispanismo de la intelectualidad conservadora, solapando

306. Movimiento de la poesía colombiana cuyos miembros se agruparon en torno a la revista *Cuadernos de Piedra y Cielo* editada en Bogotá, con periodicidad quincenal, entre septiembre de 1939 y marzo de 1940. El nombre de la revista se inspiró en una obra de Juan Ramón Jiménez —*Piedra y Cielo*— y entre sus principales representantes cabría contar a Eduardo Carranza, Darío Samper, Tomás Vargas Osorio, Gerardo Valencia o Arturo Valencia. Pese a ser considerado un movimiento clave en la renovación estética de la lírica colombiana, ciertas voces críticas han insistido en subrayar las simpatías de algunos de sus principales impulsores —como Carranza— con regímenes autoritarios como el franquismo o el fascismo.

en la comparación — si no siempre, sí con frecuencia — los fuertes vínculos que el ensayista mantendría con autores y publicaciones peninsulares.

La relación de Sanín con España fue especialmente intensa entre 1922 y 1924, años en los que ejerció como corresponsal de *La Nación* en Madrid. Pese a la brevedad de su estancia, esta le sirvió para granjearse las simpatías y el respeto de los corrillos intelectuales madrileños, algo que se haría notar en la prensa de la época. Sobre dicha estadía y los contactos pretéritos que mantuvo con sus iguales españoles es que haremos girar este trabajo, haciendo hincapié en la particular visión que de la hispanidad tenía el colombiano y la manifestación que de la misma haría en la capital.

Un breve apunte biográfico

Sanín nació en Rionegro, Antioquia, el 27 de junio de 1861. Educado en una familia de talante progresista y liberal, quedó huérfano de padre a la temprana edad de cinco años, siendo sus tías quienes se encargaron de su educación hasta su entrada, en 1875, en la recién fundada Escuela Normal de Maestros. Cinco años después se recibía como maestro de escuela superior, partiendo a Titiribí para ejercer como director en una de ellas (Sanín Cano [Cobo Borda], 1978, p. XIV). Fue durante su estancia que aprendió alemán con los ingenieros germanos responsables del trazado de los primeros caminos en la región. Tal conocimiento vendría a sumarse a su dominio del francés —el cual hablaba y leía desde los nueve años— evidenciando una facilidad para los idiomas que le llevaría a aprender posteriormente inglés, danés, italiano, latín, noruego y ruso (Rubiano Muñoz, 2013, p. 93)³⁰⁷.

307. Rubiano obtuvo la información de una entrevista concedida por Sanín a Jorge Carbarico Briceño, en 1946, para *El Tiempo* de Bogotá. En ella Sanín señalaría su dominio del francés, el inglés, el alemán, el danés, el italiano y el latín, si bien en su posterior Au-

Su primera experiencia docente duraría hasta 1885, es decir, hasta la llegada al poder de los conservadores. Para entonces ya había recibido su título como maestro y aceptado su traslado a Medellín, impartiendo clases en instituciones como la Escuela Normal de Señoritas o el Instituto Caldas (Sanín Cano [Cobo Borda], 1978, p.383). No obstante, estos años también le llevarían a cuestionarse su vocación. Una conclusión que coincidiría con sus primeros pasos en el periodismo, fundando en este periplo el efímero *El Éter*, con apenas un par de números, y frecuentando la redacción de *La Consigna*, semanario iniciado por el liberal Rafael Uribe y dirigido, en esos momentos, por un familiar suyo: Fidel Cano.

Fue tras su traslado a Bogotá ese mismo año que intentó dedicarse al periodismo de manera más profesional, fundando otro diario de fugaz existencia, *La Sanción*, del que solo saldría un número, pero que reflejaría una determinación que le llevaría, con los años, a colaborar de manera regular o intermitente con algunas de las principales cabeceras españolas y americanas³⁰⁸.

Bogotá cambió la vida del autor. Su trabajo en los medios no solo le dio una plataforma desde la que pudo exteriorizar su conocimiento y talento, sino que también le proporcionó un marco de relaciones que sería determinante para su futuro. Fue así como conoció e intimó con escritores como Guillermo Valencia, a quien le uniría una profunda amistad, o José Asunción Silva, de quien siempre se consideró deudor. También fue en estos años que cono-

tobiografía sumaría a los anteriores el ruso y el noruego, tal y como Rubiano recoge en su colaboración con Gómez García *Años de vértigo: Baldomero Sanín Cano y la revista Hispania* (1912-1916).

308. Por citar algunas, que no todas, en España fue colaborador de *El Sol*, *La Voz*, *Nuevo Mundo* y *El Heraldo* de Madrid, al igual que de revistas como *Hojas Selectas*, *España o Nuestro Tiempo*. En Argentina trabajó durante no pocos años para *La Nación*, al igual que también cooperó con *Caras y Caretas*, *La Revista de América*, *Babel* y *Nosotros*. Otra publicación que contaría con sus opiniones sería la costarricense *Repertorio Americano*. En cuanto a su país, fue editorialista entre 1927 y 1954 del diario *El Tiempo*, siendo también habituales sus reflexiones en el suplemento *El Espectador*.

cería a Santiago Pérez Triana, fundador en Londres, en 1912, junto con otros liberales colombianos exiliados, de una revista que, en apenas un cuatrienio, cobró merecida fama entre la intelectualidad hispanoamericana, siendo Sanín uno de los colaboradores que más despuntaría. Nos estamos refiriendo a la revista *Hispania*.

Durante este periodo los análisis y críticas de Sanín cobrarían un peso creciente, poniendo bajo su lente a lo más destacado de la intelectualidad local e introduciendo al público colombiano en la obra de autores y pensadores extranjeros hasta entonces prácticamente desapercibidos, como Bernard Shaw, Hyppolite Taine, Friedrich Nietzsche, Henrik Ibsen, Georges Brandes, Ferdinand Lassalle. Sanín ya había puesto sus ojos en Ibsen cuando vivía en Medellín, siendo un artículo suyo de 1883 el primero en mencionar al autor noruego en Colombia (Sanín Cano [Cobo Borda], 1978, p. 383). Nietzsche, sin embargo, lo conocería por Silva, a través de un artículo de Teodor Wyzewa sobre el pensador alemán publicado en la *Revue Bleu* (Triviño Anzola, 1998, p. 138)³⁰⁹.

La relación de Sanín con Silva llevaría al primero a convertirse en divulgador y defensor del modernismo en sus distintas manifestaciones, trabando amistad con los principales representantes de este movimiento. Sobre la importancia de su labor, Rafael Maya llegaría a considerar decisiva su coordinación, subrayando cómo sin su presencia “acaso [el modernismo colombiano] no lograra la unidad de propósito ni la plenitud de realización que alcanzó bajo la dirección de Sanín” (Maya, 1961b, p. 12). No era una exageración. El propio Rubén Darío, en un comentario sobre Francisco García Calderón, ubicaría a Sanín junto a Rodó y el peruano como luminarias de la intelectualidad hispanoamericana (Darío, 2014, p. 52)³¹⁰. Y el crítico español Andrés González Blanco llegaría a

309. Mientras Silva gustaba de estar muy al tanto de lo que se publicaba en París, Sanín solía estarlo respecto a las novedades de Gran Bretaña y Alemania, si bien en el caso de Nietzsche se enteró a través de su amigo.

310. “La sagacidad del intelecto de esta «cabeza» que no solo pertenece al Perú, sino a todo el continente, se une al vigor y a la rapidez con que abarca y profundiza cualquier

describirlo como “quizá, el ejemplo más alto de pura intelectualidad que ha dado la América del Sur”³¹¹.

Tal prestancia no sería sino una expresión más de un Sanín eminentemente polifacético. Polifacético y autodidacta, ya que sus vínculos con el ambiente cultural no le exoneraron de tener una firme convicción política³¹², un notable discernimiento para las cuestiones económicas y una reconocida capacidad como gestor. Tales cualidades se harían patentes en las diversas ocupaciones que desempeñó a lo largo de su vida, ya fuesen de carácter local³¹³ o nacional, sobre todo durante el Quinquenio Reyes (1904-1909).

cuestión de interés humano. En tales especulaciones y siguiendo cada cual su idea mental y su modalidad, se junta con Rodó y Sanín Cano”. El comentario está extraído del perfil que Darío hizo de García Calderón en *Mundial Magazine*, concretamente en la sección “Cabezas”. Las semblanzas publicadas en dicha sección —un total de catorce— serían posteriormente editadas en distintas recopilaciones.

311. González Blanco, A. (10 de mayo de 1907). El poeta de América (José Santos Chocano). *Nuestro Tiempo* (99), p. 234.

312. Liberal radical desde su nacimiento hasta su muerte. Como bien indicó uno de sus críticos más avezados, Luis María Mora, en los contertulios de la Gruta Simbólica: “Si creyéramos en las ideas innatas, diríamos que Sanín Cano vino al mundo con las que tiene, ni una más, ni una menos. Es un radical de cuarzo de los años 50. No ha sufrido ni el más leve pulimento” (Mora, 1936, p. 138). Un aserto que el propio Sanín confirmaría en 1951, en plena oleada de violencia conservadora, en los siguientes términos: “Estimo que no se ha encontrado todavía ningún sistema que remplace la voluntad de las mayorías para determinar la forma de gobierno según las normas representadas. Por eso soy liberal” (Triviño Anzola, 1998, p. 142).

313. Como superintendente de un tranvía de mulas en Bogotá en 1899. En *De mi vida y otras vidas* Sanín refiere algunos detalles de su experiencia en dicho puesto, así como las diversas responsabilidades anexas al mismo: “Debía encargarme de la contabilidad de la compañía, llevar en inglés la correspondencia y atender otros cuidados, tales como el arreglo de itinerarios y alimentación de las bestias de servicio”. El desconocimiento de información esencial para el servicio —como, por ejemplo, la cantidad y calidad de alimento que debían comer las bestias— mostró al Sanín más metódico, capaz de recorrerse todas las pesebreras de la capital para comprobar las distintas cantidades que les daban, calcular la idónea para las que disponía en el tranvía, aprender a henificar los pastos de la sabana e instruir a los propietarios de las tierras para evitar, como ya había acontecido una vez, que se paralizase el suministro de pasto. (Sanín Cano, 1949, pp. 34-40).

Rafael Reyes ocupó la presidencia en uno de los momentos más críticos de la historia de Colombia. Tras la Guerra de los Mil Días (1899-1902) y consumada la separación de Panamá (1903), el general boyacense tomó las riendas del país con un proyecto de gobierno particularmente pragmático y que bien podría resumirse en el lema de su admirado Porfirio Díaz “mucha administración y poca política”. Conforme a tal premisa, el nuevo mandatario no restringió la acción de gobierno a sus correligionarios conservadores, sino que, además, la abrió a connotados liberales de incuestionable valía. Uno de ellos fue Sanín, quien llegaría a ejercer como secretario del presidente, responsable de la Secretaría de Hacienda e, incluso, como representante del gobierno ante la Colombian Emerald Company, compañía inglesa dedicada a la explotación y venta de diamantes con la que el ejecutivo colombiano suscribiría un contrato relativo a sus esmeraldas (Sanín Cano, 1909, pp. 170-197; Pérez Triana, 1910, pp. 97-181).

La confianza de Reyes en Sanín ya quedaría de manifiesto en su designación, en 1905, como miembro de la Asamblea Nacional Constituyente, encargada de reformar la Constitución conservadora de 1886. No obstante, la sucesión de cargos que desempeñó el antioqueño bajo su mandato indica una empatía más allá de la colaboración política, lo que explicaría la marginación inicial que sufriría Sanín tras la caída de su valedor³¹⁴. Una marginación, en todo caso, que no evitaría que, al final de sus días, sumase a los méritos anteriores el haber sido nombrado cónsul en Londres, en 1911; miembro del Congreso Nacional colombiano en dos ocasiones (1924 y 1933) y, de finales de 1933 a 1935, ministro plenipotenciario en Argentina.

314. En julio de 1909. Sanín se encontraba a la sazón en Londres, donde se había trasladado en febrero, entre otras cosas, para actuar ante la ya citada Colombia Emerald Company.

Primeros contactos con España

La figura de Sanín comenzó a cobrar prestancia en la Península gracias a sus colaboraciones en los medios españoles. Hubo un artículo en particular que le proporcionó cierto renombre en una coyuntura especialmente favorable al acercamiento entre España y la América Hispana. Su título, “Papel de la literatura en la fraternidad hispanoamericana”, apuntaría a una cuestión pujante en ese momento, pero de difícil unanimidad en cuanto a su fundamentación. Muchos de los argumentos habituales en el hispanoamericanismo más conservador serían descartados por el colombiano con una sensatez difícil de rebatir³¹⁵, al igual que la supuesta comunidad de aspiraciones esbozada por distintos autores y que el crítico tacharía de “leyenda”.

La comunidad de aspiraciones políticas es otra leyenda. No las tenemos comunes con España. Y, si las tuviéramos, flaca razón sería para que hubiéramos de fraternizar. Comunes, ó por lo menos muy semejantes, habían de ser las aspiraciones de las Repúblicas americanas, y está visto cómo se tratan; está visto que las más de ellas no tienen trato ni comunicación con las otras.

El mismo escepticismo lo haría patente al plantear las disquisiciones antropológicas sobre la jerarquía racial —aun compartiendo, o no rebatiendo, parámetros como la atribución de comportamientos según etnia— o las teóricas garantías de desarrollo y progreso que se atribuía el Viejo Mundo a la hora de plantear su tutela a territorios ajenos. Un supuesto, este último, que rebatiría fácilmente con una simple retrospectiva:

315. La primera de ellas, la cuestión de la Raza. Ciertamente es que el concepto no se ceñía a lo étnico, pero vulgarizando su significación Sanín subrayaría el hibridismo latinoamericano como una realidad palmaria y muy alejada del discurso propugnado desde determinados círculos. Sanín Cano, B. (febrero 1902). Papel de la literatura en la fraternidad hispanoamericana. *Nuestro Tiempo* (14), p. 213.

Resulta que los ingleses poseen cerca de las bocas del Orinoco un pedazo de tierra célebre por su fertilidad y riqueza, desde los tiempos de Walter Raleigh. Es un territorio mayor que Costa Rica, poco menos que el Ecuador, y sin embargo, ni en cultura mental, ni en riqueza, ni en población relativa puede la colonia británica competir con estas nacionalidades (...). Vamos, que ya es tiempo de que los ingleses nos hubieran mostrado en su colonia de la Guayana lo que pueden hacer en los territorios tropicales que codician³¹⁶.

Para Sanín solamente quedaba un lazo sobre el que construir la deseada unificación iberoamericana: la lengua. Un lazo fuerte, vivo y duradero que, en su opinión, se bastaba para sostener la tan buscada fraternidad siempre y cuando no se le opusiesen “significativos intereses o sentimientos vivamente arraigados”.

No puede decirse que la idea fuese original. El idioma era un motivo tradicional en el discurso americanista español, empero resulta interesante ver cómo, en esta ocasión, la propuesta iría más enfocada a la creación de puentes entre los países hispanoamericanos, entre sus pueblos, que a propósitos políticos que, a su parecer, habían hecho naufragar otras iniciativas asociacionistas. Así, el ensayista apuntaría a la necesidad de medidas que favoreciesen la circulación editorial española en el continente, aprovechando la reflexión para censurar la mordaz actitud —descrita como “*crítica de farmacia*”— que tradicionalmente había mantenido la prensa peninsular hacia la literatura americana³¹⁷.

Tal desavenencia no desvirtuó las coincidencias de Sanín y la intelectualidad peninsular en torno a la cuestión lingüística. Basta releer su disconformidad con la supuesta necesidad del esperanto

316. *Ibidem.*- pp. 214-216.

317. Y que encarnaría en un Leopoldo Alas Clarín a quien no disculpaba que, buscando hacer burla de lo americano, terminase metiendo en el mismo saco el talento y la mediocridad. Por el contrario, consideraría mucho más serios y desprejuiciados los puntuales estudios de Menéndez y Pelayo sobre el tema. *Ibidem.*- pp. 220-221.

como jerga internacional para encontrar claras similitudes con la visión unamuniana de la lengua como depositaria del espíritu de los pueblos.

El idioma propio (...) es uno de los testigos y pilotos que hemos de consultar al tratar de escudriñar el pasado remoto de las naciones; y para ponernos en contacto con su alma, y sentir las palpitations de su vida, hemos de comprender, muy a las claras, el mecanismo de su idioma y el alcance de su vocabulario³¹⁸.

La lengua es, en efecto, la raza del espíritu (...). La lengua, sedimento vivo de la labor de la historia; tradición viva del pueblo; concentrado depósito, á presión de atmósferas seculares, de los trabajos del espíritu; la lengua es la base de la continuidad, en espacio y tiempo, de los pueblos, y es, á la vez, el alma de su alma³¹⁹.

El axioma de la lengua como depositaria del alma popular bebía directamente del idealismo alemán —de Fichte y, sobre todo, de Herder— siendo uno de los principios capitales de la ideología pangermanista. En el caso del español, la idea cobro prestancia en un momento político delicado, marcado, *grosso modo*, por la progresiva decadencia de la antaño metrópoli y una América Hispana signada por el intervencionismo extranjero en su política y economía.

Para cuando fue publicado el artículo de Unamuno, España había perdido sus últimas colonias en Asia y América; para cuando salió el de Sanín, Venezuela se había visto forzada a claudicar ante el bloqueo naval germano-británico a cuenta de su deuda externa (1903) y los Estados Unidos habían intervenido militarmente en Nicaragua y perpetrado la Independencia panameña a cuenta del control del Istmo y el futuro Canal. Detalles como estos ilustran

318. Sanín Cano, B. (marzo 1904). La lengua internacional. *Nuestro Tiempo* (39), p. 357.

319. Unamuno, M (11 de marzo de 1899). The English-Speaking Folk. *La Vida Literaria* (10), p. 2.

cómo la reivindicación de la lengua como elemento sustancial del *ser de los pueblos* trascendía el campo de la psicología social para adentrarse en algo mucho más mundano como el interés político, lo que explica que pudiera traducirse en manifestaciones análogas pero de distinto cuño como el expansionismo alemán y/o el hispanoamericanismo.

Esta faceta política, en Sanín, tuvo un claro marchamo antiimperialista pero no restringido a los aconteceres español o hispanoamericano, sino extensible al plano internacional, tal y como haría constar en una de sus colaboraciones con la barcelonesa *Hojas Selectas* tras abandonar el gabinete Reyes. El motivo fue la ocupación de Finlandia por Rusia y de Corea por el Japón, hechos que le llevarían a cuestionar el expansionismo de las grandes potencias y expresar la difícil coyuntura que se avecinaba a aquellos países que contraviniesen las ambiciones de los poderosos:

Todo lo cual significa que el mundo acepta, ó á [sic] lo menos los países fuertes dan por aceptado, que el imperialismo es un rumbo de la vida política y que es preciso conformarse con las soluciones que de cuando en cuando impone esa tendencia. Egipto, Panamá, Herzegovina, Finlandia, Corea son el principio de una triste orientación. El siglo XX parece marcar rumbo á [sic] esta clase de soluciones³²⁰.

Una de las personalidades que mejor plasmaría estos nuevos tiempos —y por el que Sanín mostraría especial aversión— sería Theodore Roosevelt. Fue bajo su presidencia que Washington adoptó la conocida como Diplomacia del Big Stick o del Garrote, doctrina que justificó el intervencionismo estadounidense fuera de sus fronteras, siendo Centroamérica y el Caribe uno de sus principales marcos de aplicación³²¹. Lo cierto es que Roosevelt

320. Sanín Cano, B. (octubre 1910). Dos pueblos absorbidos: Finlandia y el Imperio de Corea. *Hojas Selectas* (106), pp. 947-948.

321. Las antiguas colonias españolas pudieron atestiguarlo de primera mano tras la Guerra de 1898. Cuba no pudo librarse de la presencia norteamericana hasta la inclusión de la Enmienda Platt en su Constitución, reconociendo el derecho de los Estados

encarnaría una forma de hacer política muy personalista y que primaría los intereses por encima de toda ideología. Así se explica que, toda la admiración que podía generar al interior de su país por su liderazgo fuerte y enérgico se convirtiese fuera del mismo en una mezcla de asombro, temor y encono, convirtiéndose en el arquetipo de la prepotencia norteamericana. Sanín daría buena cuenta de ello al hablar de la gira internacional que hizo el gobernante una vez dejada la presidencia. En su comentario, el ensayista se ensañaría particularmente con la ausencia de bagaje ideológico del mandatario, pero, sobre todo, con la ambivalencia de aquellos principios sobre los que el norteamericano hacía girar su discurso electoral y político: la *honestidad* y la *decencia*.

Sobre dos palabras gira ordinariamente el mecanismo sencillo de su complejidad intelectual. *Honesty* y *decency* reaparecen en el texto de sus quejumbres contra la moderna corrupción social (...). La honradez del Sr. Roosevelt es la del mercader, cuya sublime aspiración es comprar por uno y vender por tres, si hay quien se decida a pagar este último precio. Es la honradez del calculador estrecho; es la noción moral desvirtuada por largos años de estar dividida la sociedad en dos clases: una que explota, y otra que es explotada. El Sr. Roosevelt encuentra detestable que los grandes sindicatos americanos abusen de su fuerza financiera para desposeer al comerciante al por menor, pero no halla contrario a la honradez política el que una nación poderosa lleve a cabo por razones de comercio, la desmembración de un país indefenso. Otro tanto pudiera decirse de su concepto sobre el alcance de la palabra *decencia*³²².

Unidos a intervenir militarmente en la Isla siempre que considerase en peligro sus intereses o los de sus conciudadanos. Filipinas, por su parte, terminó la lucha contra España para verse abocada a otra contra sus antiguos aliados, viendo convertidas sus ansias de independencia en un simple cambio de metrópoli.

322. Sanín Cano, B. (diciembre 1910). Nueva campaña de Mr. Teodoro Roosevelt. *Hojas Selectas* (108), p. 1132.

La herida de Panamá, siete años después, seguía fresca y, vistos los acontecimientos, tardaría mucho en cerrarse. Tal certidumbre ya la dejaría advertida en el libro que escribió en 1909 sobre el Quinquenio Reyes. Una obra en la que el intelectual haría balance de la labor de gobierno desarrollada por el mandatario tras verse forzado a dejar la poltrona tras una nueva crisis de gobierno:

Han de pasar muchos años antes de que cicatrice en Colombia la herida abierta por la separación del Istmo. Será esta una cuestión siempre viva de que sacarán ventaja en todo tiempo las oposiciones ciegas y los agitadores políticos de ocasión. No se puede culpar a los que en realidad sienten aún en la epidermis el calor de la afrenta. El sentimiento es natural y no estaría bien que fuese pasajero (Sanín Cano, 1909, pp. 204-205).

La dimisión de Reyes, como ya señalamos, supuso algunos problemas de subsistencia a Sanín, obligado a dar clases particulares de español y persistir en su actividad periodística para mantenerse. Fue ahí donde sus colaboraciones con la revista *Hispania* cobrarían especial importancia, ganándose una merecida fama en los corrillos periodísticos, literarios e intelectuales y llamando la atención de otras publicaciones³²³. También fue durante estos años que generó una amplia red de contactos conformada por diplomáticos, artistas, escritores, periodistas, intelectuales y políticos de nacionalidad diversa, siendo con los de habla hispana con los que establecería un mayor trato³²⁴. De dichas relaciones surgirían nuevas colaboraciones y oportunidades que incrementarían todavía más su prestigio. Leopoldo Lugones, por ejemplo, contó

323. Más información sobre la relación de Sanín con la publicación en el ya citado *Años de vértigo: Baldomero Sanín Cano y la revista Hispania* (1912-1916).

324. Como curiosidad, Sanín aparece entre los suscriptores de la Casa de España Limited para la habilitación del Centro Español en Londres, comprando acciones por un valor de 50 libras. El Centro contaba con 600 socios, de los que 150 vivían en España y/o América. En Tauler, J. (13 de julio de 1921). “La «Casa de España» y el «Centro Español» de Londres”. *La Vanguardia*, p. 7.

con Sanín en una de sus muy escasas aventuras editoriales como director, la *Revue Sud-Américaine*³²⁵. Otro, James Fitzmaurice Kelly, de quien tradujo un libro sobre Miguel de Cervantes³²⁶, le abriría las puertas de la Universidad de Edimburgo donde impartiría clases de lengua y literatura española, llegando a dar exitosas conferencias sobre la materia en Oxford y Cambridge.

En ese entretiempp, a Sanín se le volvieron a abrir las puertas del consulado, combinando la labor diplomática con lo que ya era una dinámica establecida y que vendría a incrementarse, en 1918, con su contratación como corresponsal en Londres del diario argentino *La Nación*³²⁷.

De Londres a Madrid: Sanín en España

Las crónicas del colombiano en *La Nación* dieron cuenta de su enorme versatilidad. Ya durante la Primera Guerra Mundial, sus artículos en *Hispania* habían revelado su vasta cultura y una capacidad analítica que, junto a su propia experiencia política y diplomática, afinarían los matices de un enfrentamiento con múltiples perspectivas. El peculiar estilo de Sanín también se haría patente en dos obras que vieron la luz al poco de estallar la conflagración:

325. La otra fue el periódico político *La Montaña*, que codirigió con José Ingenieros en 1897. Es un dato relevante ya que Lugones recibió a lo largo de su vida frecuentes propuestas para dirigir revistas de todo tipo, negándose por sistema a aceptarlas. Que en una de las dos ocasiones en que aceptó Sanín tuviese un espacio fijo –“La Sud-Amérique à Londres”– revela la alta consideración en que le tenía el argentino (Carilla, 1974, p. 517).

326. Fitzmaurice fue uno de los principales hispanistas de su tiempo. Titular de la Cátedra Cervantes de la Universidad de Londres, sus méritos le hicieron acreedor de un puesto en la Real Academia Española de la Lengua (1895) y de la Real Academia de la Historia (1912). El libro que le tradujo Sanín fue el editado en Buenos Aires por la Editorial Bajel, en 1944, bajo el título *Miguel de Cervantes Saavedra. Reseña documentada de su vida*, con prólogo de José Antonio Oria.

327. Una relación que se extendería hasta 1931, ejerciendo diversas corresponsalías y, a partir de 1925, como editor de la Sección de Política Internacional (Rubiano Muñoz, 2013, pp. 79-106).

el prólogo que dedicaría a *Aspectos de la Guerra*, de Santiago Pérez Triana o el artículo que dedicaría a *Polémica de la Guerra: 1914-1915* de Luis Araquistáin³²⁸.

Araquistáin no era precisamente un desconocido: además de cooperar con cierta frecuencia en la revista *Hispania*, igualmente había prorrogado *El sentido común y la guerra*, de George Bernard Shaw, autor por quien el bogotano tenía especial predilección. No fue extraño, por tanto, que surgiese la confianza entre ambos, de manera tal que, cuando la publicación londinense dejó de salir, Sanín pasó a formar parte del cuadro de colaboradores de la revista *España*, dirigida por Araquistáin.

Dicha revista había sido fundada por Ortega y Gasset en 1915, siendo, de igual modo, su primer director. De naturaleza reformista –casi podríamos hablar de un regeneracionismo tardío– en sus páginas tendrían cabida corrientes que irían desde la democracia liberal hasta el socialismo, con tendencias claramente contrarias a la oligarquía y la monarquía³²⁹. Entre sus redactores se contarían, entre otros, Pío Baroja, Ramón Pérez de Ayala, Eugenio d’Ors, Luis de Zuloaga, Ramiro de Maeztu, así como aportes esporádicos de Manuel Azaña, Luis Bello, Jacinto Benavente, Valle Inclán, Unamuno. La primera colaboración de Sanín salió en julio de 1919, siendo presentado como “uno de los escritores críticos, del tipo ensayista, más cultos, elegantes y sagaces de América”³³⁰. Adjetivos ajustados a un plantel que, en su heterogeneidad, bien podía considerarse representativo del descontento intelectual con el régimen de la Restauración.

328. Sanín Cano, B. (1 de diciembre de 1915). El primer libro de Araquistáin: *Polémica de la Guerra*. *Hispania* (47 y 48), pp. 1480-1481.

329. Resulta significativo que el tercer director de la publicación fuese Manuel Azaña, quien tomó sus riendas en 1923 pero no pudo evitar el hundimiento del proyecto, en 1925, por las muchas trabas que le impondría el Directorio.

330. Sanín Cano, B. (17 de julio de 1919). La aurora de un mundo nuevo - Nostalgia del campamento. *España* (223), pp. 6-8.

En España las cuestiones americanas no pasaban inadvertidas, si bien el sesgo que daría Sanín a sus aportes no se significaría, salvo de manera muy puntual, por lo político³³¹. Una constante que mantendría cuando, en 1922, fue enviado a Madrid como corresponsal de *La Nación*.

La estancia española de Sanín, pese a su brevedad, no le haría pasar desapercibido. Tampoco puede obviarse que ser el delegado de una cabecera como *La Nación* le impondría una dinámica de relaciones públicas con la que amplió su ya nutrida red de contactos. Una circunstancia que haría habitual su presencia en actos de distinta naturaleza y enjundia derivados de su intensa vida social, su actividad profesional, su conocida propensión literaria o sus relaciones con los círculos americanistas locales.

La participación del corresponsal en eventos de la *jet set* quedaría recogida en las crónicas periodísticas de salón, pudiendo encontrarlo en homenajes como el organizado por el ministro de Bolivia, Simón I. Patiño, en honor al infante Don Fernando y su esposa, la duquesa de Talavera. La lista de invitados corrobora la calidad de las relaciones de Sanín, el nivel de sus contactos, ya que, aparte de los anfitriones, al banquete asistirían dignatarios de otras legaciones como las de Alemania, Argentina, Italia, Cuba, Uruguay, Brasil, Países Bajos y Japón. Junto a ellos, también concurren los responsables de las Oficinas de Negocios de México e Inglaterra. Por otra parte, entre los asistentes también se contarían varios cargos del gobierno primorriverista relevantes apellidados nobiliarios y algunos miembros de la Casa Real³³².

331. Por poner un ejemplo, en uno de sus artículos, “Reservas a Monroe”, censuraría la adhesión española al Pacto de la Sociedad de Naciones —en su opinión, “irreflexivamente y sin reservas”— frente a la cautela mostrada por los países hispanoamericanos vistas las incongruencias existentes entre el espíritu del texto y las excepcionalidades concedidas a Washington para seguir actuando al sur de sus fronteras. Sanín Cano, B. (24 de abril de 1920). Reservas a Monroe. *España* (260), p. 9.

332. Entre los miembros del gobierno habría que resaltar al ministro de Instrucción Pública, el subsecretario de Estado, el jefe del Estado Mayor Central, el jefe del Gabinete diplomático, el jefe de la Sección Política del ministerio de Estado. La aristocracia

La asistencia de Sanín a un acto como el descrito no puede desvincularse de la importancia creciente del periódico que representaba. *La Nación* había pasado de ser una cabecera en apuros a convertirse en uno de los principales diarios en lengua hispana. El propio Sanín apuntaría lo dicho en mayo de 1924, en una entrevista para el periódico *La Libertad*:

Se ha dicho que nuestro periódico atravesó una difícil situación económica pocos años antes de la guerra europea. No sé hasta qué punto será ello cierto. Lo que sí puedo decir es que durante la guerra conquistó una gran prosperidad que se ha ido reafirmando día tras día. «La Nación» era acaso, el periódico que publicaba diariamente las más amplias informaciones de aquella contienda, merced a los numerosos corresponsales que tenía repartidos por los países europeos³³³.

La Nación, según el testimonio de Sanín, tenía una tirada regular de más de doscientos mil ejemplares, habiendo llegado a superar los cuatrocientos mil en situaciones muy concretas, como el momento en que coincidió el golpe de Estado de Primo de Rivera con la *Pelea del Siglo*, el combate por el título de los grandes pesos entre el argentino Luis Ángel Firpo y el norteamericano Jack Dempsey. Siendo así, no es extraño que la visita a España de Luis Mitre, presidente de su Consejo de Administración se convirtiera en todo un acontecimiento culminado con un almuerzo al que, además de acudir la delegación argentina en pleno, también asistieron el presidente del Consejo de Ministros, Manuel García

estuvo representada por la marquesa de Bendaña, la marquesa de Faura, los duques de Villahermosa, los príncipes de Erbach, los condes de Eril, los príncipes de Ligne, los condes de San Esteban de Cagoncho, la marquesa de Pradoameno... En cuanto a la Casa Real, asistirían, entre otros, el jefe superior de Palacio, el mayordomo mayor de la S.M. la Reina, el secretario particular de S.M. el Rey, el jefe de la Casa Militar de S.M. el Rey... De Sociedad. Ecos diversos. (10 de junio de 1923). *ABC*, p. 23.

333. Un gran periódico argentino. (24 de mayo de 1924). *La Libertad*, p. 5.

Pietro³³⁴, y dos miembros de su gabinete. *ABC* se haría eco del banquete³³⁵, pero *El Sol* llegaría a dedicar toda una página al evento incidiendo en su importancia periodística, visible en la categoría de los colaboradores con que contaba la publicación argentina en el país:

Al almuerzo ofrecido ayer en el Ritz al Sr. D. Luis Mitre, presidente del Consejo de Administración de “La Nación”, de Buenos Aires, por los colaboradores españoles del diario suramericano, concurren el presidente del consejo, marqués de Alhucemas, que presidió; D. Santiago Alba, ministro de Estado; el conde de Romanones, ministro de Gracia y Justicia; el sr. D. Carlos de Estrada, embajador de la Argentina; el señor Baldomero Gayan, ministro consejero; doctor Guillermo Achaval, secretario de la Embajada argentina; doctor Eduardo Schiafino, cónsul argentino; d. José Francos Rodríguez y los señores Rafael Altamira, Nicolás María Urgoit [sic], José Ortega Gasset, Adolfo Posada, Enrique Díez-Canedo, Enrique de Mesa, Gabriel Miró, Roberto Berry, José María Salaverría, Manuel Pedroso, Luis Araquistáin, Julio Camba, Luis Bagaria, Salvador Peris Mencheta, comandante de ingenieros D. José Ortiz Echagüe, D. Baldomero Sanín Cano, D. Enrique Paul Almarza, D. Joaquín Ortiz, D. Pablo Sierra Rustarazo. Se leyeron cartas de los colaboradores D. Joaquín Sánchez de Toca y D. Miguel de Unamuno, que no pudieron concurrir³³⁶.

Sanín y la delegación de *La Nación* se convirtieron, en cierto modo, en referentes para las celebridades argentinas que pasaban

334. Fue ésta la quinta vez en que García Prieto, marqués de Alhucemas, asumió como presidente. Pese a ser un político bregado, su mandato no pudo superar la crisis provocada por el desastre de Annual. Una derrota que, pese a ser anterior a su presidencia, signó la suerte de su gobierno, el ascenso del Directorio y, con él, el final de la monarquía constitucional.

335. Agasajo a D. Luis Mitre (26 de abril de 1923). *ABC*, p. 15.

336. Fiesta del periodismo hispanoamericano. El banquete de ayer en honor de D. Luis Mitre. (26 de abril de 1923). *El Sol*, p. 2.

por Madrid³³⁷, al igual que en un digno representante —indirecto y casual, como no podía ser de otro modo— del país sudamericano cuando la ocasión lo propiciaba. Valga como ejemplo la visita de los Reyes de Italia a España, viaje en el que los periodistas que acompañaban a la comitiva fueron agasajados en la redacción de *La Nación* a causa de los fuertes lazos afectivos existentes entre ambos países:

El Sr. Baratelli dio las gracias en nombre de los periodistas italianos; abogó en pro de la progresiva emigración italiana en la Argentina y por la armoniosa convivencia de estos emigrantes italianos con argentinos y españoles. Finalmente, el representante de *La Nación* en Madrid, Sanín Cano, dice que fue indiscutiblemente España la que llevó a América la civilización cristiana y grecolatina; pero que la Argentina recibe con satisfacción a los inmigrantes que le envía Italia, y que se transforman en excelentes súbditos argentinos³³⁸.

La vida social inherente a la corresponsalía no fue óbice para que el crédito de Sanín se consolidase dentro de la profesión. Por el contrario, su ascendiente y experiencia le llevarían a participar en asuntos propios del gremio periodístico y literario, sobre todo en aquellos que podían tener algún tipo de connotación con Hispanoamérica. Ya su asistencia como ponente en la inauguración del Ateneo de Juventudes Hispanoamericanas ilustra la notoriedad adquirida por el colombiano. En la ceremonia realizada en la Academia de Jurisprudencia de Madrid, compartiría tribuna, entre otros, con José Francos Rodríguez y Joaquín Ruiz Jiménez³³⁹.

337. Por ejemplo, con motivo de la exposición de Benito Quinquela, quien sería honrado por el Círculo de Bellas Artes con una fiesta a la que fueron invitados, además de la representación diplomática argentina, el poeta Alberto Ghirardo y Sanín, entre otros. Banquete a Quinquela Martín. (6 de mayo de 1923). *ABC*, p. 23.

338. En *La Nación*. (12 de junio de 1924). *ABC*, p. 15.

339. Ambos tenían una larga trayectoria política, al punto que Ruiz, en ese momento, ocupaba por tercera vez la alcaldía de Madrid, cargo que también había ejercido

No obstante, la figura más destacada de la ceremonia sería Sanín, alabado por todos tras proponer en la prensa, apenas unos días antes, la celebración de un Congreso Hispano-Americano con el que consensuar una posición común ante la nueva conflagración mundial que parecía avecinarse.

Fue por ello que el periodista iniciaría su intervención anticipando “que no había que justificar la necesidad de la celebración [del Congreso referido], puesto que todos estamos persuadidos de que la preocupación del mundo entero es que los pueblos se aproximen unos a otros”. Sin embargo, tras ese realce de las soberanías propias, se apuntaría, aun como esbozo, la auténtica apuesta de Sanín. Una apuesta que contaría con las simpatías del hispanoamericanismo militante: la posibilidad de que “España y las Repúblicas americanas pudieran formar una Confederación de naciones sin perder cada una sus sentimientos de nacionalidad”. Un proyecto viable, a su parecer, ya que estaba convencido de que, ante tal perspectiva, “los pueblos hispano-americanos responderían sin vacilar al llamamiento de España”³⁴⁰.

Esta visión hispanoamericana traslució en su designación dentro de la Asociación Española de Escritores, como miembro de una comisión destinada a redactar una ponencia encaminada a gestionar de los poderes públicos la protección y mejora de la ley sobre propiedad intelectual, sobre todo entre España y las naciones sudamericanas³⁴¹. La conformación de dicha comisión se decidió el 14 de mayo de 1923 en la Asamblea General de dicha asociación, junto a otros acuerdos normativos relativos a los contratos editoriales y los porcentajes a deducir de los derechos de autor en beneficio de la corporación.

anteriormente Francos. El resto de la presidencia estuvo compuesta por Sanín, “el presidente del mencionado Ateneo, Sr. Pando y Baura (...) el notable poeta Goy de Silva y D. Luis Pidal”. Afirmación hispano-americana. (29 de enero de 1923). *ABC*, pp. 15-16. 340. *Ibidem*.

341. Los otros miembros serían Francos Rodríguez, Araquistáin y Hernández. Asamblea General - Asociación Española de Escritores. (19 de mayo de 1923). *El Imparcial*, p. 3.

No fue esta la única ocasión en la que Sanín participó en cuestiones relacionadas con la industria editorial. Ya con anterioridad, en junio de 1922, había asistido a una reunión convocada por el embajador de Uruguay en Madrid, Fernández Medina, a la que, igualmente, acudieron editores y escritores de ambas orillas del Atlántico. Los motivos del encuentro fueron, entre otros, sopesar la posible celebración de una feria hispanoamericana de libros y la conveniencia de que los países de habla hispana suscribiesen acuerdos internacionales para garantizar debidamente “en las Repúblicas sudamericanas los derechos de los escritores y editores españoles”³⁴². La reunión finalizó con una propuesta por parte del anfitrión: crear dos comisiones encargadas de elaborar sendas memorias, “Feria y divulgación del libro” y “Tratados de protección intelectual”. Sanín formaría parte de la segunda junto con Gómez de Baquero, D’Ors, Sanz Calleja y Caro Raggio, lo que explicaría, en cierto modo, su posterior incorporación a la impulsada, un año después, por la Asociación Española de Escritores³⁴³.

La adaptación de Sanín a Madrid sería tan profunda que llegaría, incluso, a presentarse en una de las candidaturas para la Junta de Gobierno del Ateneo capitalino. Una entidad que, en esos instantes, estaba sumida en la efervescencia y el conflicto. Efervescencia porque era impensable que uno de los lugares clave de la vida intelectual y política del país –“el ágora más sensible de España”, en palabras de Ignacio Amestoy– fuese insensible a la crisis en la que se hallaba sumida la monarquía parlamentaria. Y conflicto porque las diferencias políticas e ideológicas se asentaban entre sus miembros hasta límites insospechados.

Ya en 1920, un grupo de ateneístas demandó una junta general para expulsar de la institución al socio 7777, don Alfonso de

342. Por la industria editorial, (23 de junio de 1922). *ABC*, pp. 18-19. En la reunión también estuvieron presentes, entre otros, el dramaturgo argentino García Velloso, así como Valle Inclán, Unamuno, Eugenio d’Ors y Ramiro de Maeztu.

343. Y más si tenemos en cuenta que precisamente Gómez de Baquero presidía la asociación en el momento que se presentó la propuesta.

Borbón, de profesión rey de España. Una proposición que, si bien no llegó a ser aceptada, sí dejó en evidencia las desavenencias que la figura del monarca suscitaba entre los afiliados. Las tensiones todavía se acentuarían con la llegada de un Directorio que no tardó en poner en punto de mira al, probablemente, principal foco de disidencia intelectual del país. Fue en tal coyuntura que Sanín se presentó, como depositario, en una de las candidaturas a la presidencia del Ateneo: la encabezada por Armando Palacio Valdés³⁴⁴. Y fue en tal coyuntura que se produjo el escándalo de la Caoba, prostituta y amante de Primo de Rivera cuya liberación, tras ser arrestada por tenencia de cocaína, trajo consigo la expulsión de la carrera judicial del juez que la procesó, Prendes Pando, por negarse a acatar las órdenes del dictador y, a la par, la jubilación forzosa del presidente del Tribunal Supremo, Buenaventura Muñoz, por salir en defensa del magistrado. El escándalo fue tal que provocó una oleada de críticas contra Primo y su gobierno, despuntando particularmente las de Unamuno y Rodrigo Soriano, presidente del Ateneo. De resultas de todo ello, ambos fueron exiliados a Fuerteventura, ordenándose también el cierre temporal de la asociación en febrero de ese mismo año³⁴⁵. Para cuando volvieron a celebrarse elecciones en la institución, Sanín ya había abandonado el país, si bien todo lo acontecido no haría sino confirmar su absoluta integración en los núcleos intelectuales de la capital durante su correspondencia.

La cuestión hispanoamericana actuó como un trasfondo permanente durante la estancia de Sanín, empero la comprensión de sus matices exige indagar en lo que fueron las relaciones del escri-

344. Las otras dos, según *El Heraldo* de Madrid, serían las lideradas por Gregorio Marañón y Adolfo Álvarez-Buylla. La nueva junta del Ateneo (30 de enero de 1924). *Heraldo de Madrid*, p. 2.

345. Y, con ello, la suspensión de las elecciones a su presidencia. El gobierno no nombraría una nueva Junta Directiva hasta el 24 junio de 1926 y por Real Orden. Hubo que esperar hasta 1930, una vez caído el Directorio, para que la dirección del Ateneo volviera a ser elegida democráticamente.

tor con el americanismo peninsular. Ya vimos cómo sus primeros contactos con la Península conllevaron afirmaciones en las que, si bien reivindicaría la lengua como el único pilar posible sobre el que plantear la unificación de los pueblos hispanos, también negaría asertos —como la Raza, en su versión más biológica o fenotípica— sobre los que el hispanoamericanismo había construido buena parte de su relato. Una objeción que, sin embargo, no enturbiaría sus posteriores vínculos con el asociacionismo americanista.

La propuesta del antevisto Congreso Hispano-Americano, sin ir más lejos, expondría una prospectiva por parte del intelectual que, aun difiriendo con el americanismo español en aspectos concretos, sí convergiría en lo relativo al objetivo de lograr consensos entre los países hispanohablantes e impulsar su acercamiento. Una aspiración que, a ojos de Sanín, podía elevar al hispanoamericanismo a la categoría de “remedio” o, al menos, de ejemplo a emular en un panorama internacional en situación crítica por los desacuerdos del periodo de entreguerras:

El hispanoamericanismo es el único posible remedio para males tamaños. Como tendencia filosófica encarna la fusión del ideal patriótico, en su más generosa interpretación, con las nobles aspiraciones del internacionalismo. Si llegara a ser un hecho práctico la inteligencia entre España y las naciones americanas de origen español, en la forma en que nosotros la deseamos, esto es, fundiendo en uno solo los distintos ideales sin abdicar por eso de la nacionalidad, creando un imperio de la razón y del consentimiento no para agredir, sino para defenderse y dar ejemplo, si esto llegara a ser un hecho práctico, aquel conglomerado de voluntades étnicas resolvería el problema de la distribución de materias primas y de trabajo, que hoy parece insoluble y forzaría a vivir en paz a los pueblos condenados a guerra perpetua, [sic] por su obcecación, por sus tradiciones lamentables y por su situación geográfica³⁴⁶.

346. Sanín Cano, B. (31 de octubre de 1923). La única paz posible. *La Rábida* (111), pp. 1-2.

Esta visión estaría marcada por un antimonroismo que pondría de manifiesto el antagonismo existente entre dos proyectos coincidentes en su propósito unificador, pero con sustanciales diferencias: Hispanoamérica y Panamérica. O, dicho de otro modo, entre la unificación glosada por el ideal hispánico o el concierto económico, comercial y financiero impulsado por los Estados Unidos.

Tal disyuntiva se haría patente prácticamente desde los primeros pasos del panamericanismo, intensificándose conforme los norteamericanos se fueron consagrando como potencia mundial. Las consecuencias al sur de sus fronteras son sobradamente conocidas pero, en lo que concierne a Sanín, sirven para apuntar las causas de su aversión al expansionismo yanqui y su disposición a enfrentarlo en todas sus manifestaciones.

No puede decirse que el antimonroismo fuese un sentimiento exclusivo de Sanín, por el contrario, estaba muy extendido entre la intelectualidad latinoamericana. Precisamente a resultas del debate suscitado a cuenta del posible Congreso Hispano-Americano fue que *El Sol* publicaría un editorial en el que afloraría este antiyanquismo en la figura de dos celebridades: el puertorriqueño Evaristo Ribera Chevremont³⁴⁷ y el argentino José Ingenieros.

Ribera ya se había hecho oír en una conferencia en el Ateneo reprendiendo a quienes, desde su isla, secundaban los deseos anexionistas de Washington. Empero, en el caso de Ingenieros, la crítica sería mucho más profunda, haciendo ostensible su desencanto por la metamorfosis sufrida por la Doctrina Monroe y la insaciable codicia de Washington para con sus vecinos. Su discurso fue enunciado en un homenaje a Vasconcelos celebrado en Buenos Aires, aprovechando la presencia del mexicano para referir la larga lista de agravios sufridos por los latinoamericanos a manos de Estados Unidos³⁴⁸ y el peligro inherente a los emprésti-

347. Quien habría de convertirse en uno de los principales poetas boricuas del siglo XX estuvo viviendo en España entre 1919 y 1924.

348. México mantenía una relación muy tempestuosa con Washington a cuenta de su

tos no solo como mecanismo de control sino también como coartada con la que justificar su pretendido derecho de intervención:

El peligro empieza, a su juicio, en «la hipoteca progresiva de la independencia nacional mediante los empréstitos». Con los empréstitos surge el derecho de intervención. La intervención es ya incompatible con la independencia (...). Los Gobiernos pueden ya hacer poco, según el Sr. Ingenieros, porque ya están subordinados a la voluntad de los norteamericanos, que son sus prestamistas³⁴⁹.

Las advertencias de Ingenieros hay que encuadrarlas dentro del contexto panamericanista inducido desde el norte, es decir, de un proyecto de relación comercial, económica y financiera que, pese a sus supuestos propósitos paritarios, conforme fue implementándose dejaría un claro beneficiario —Estados Unidos— y un cortejo de aquiescentes.

Es partiendo de esta convicción que se hace más patente la semejanza argumental entre Ingenieros y Sanín, así como su convencimiento respecto a un consenso hispanoamericano —o, más rotundamente, la unidad latinoamericana— como única baza capaz de alterar una realidad continental en apariencia inamovible:

«Hay que dirigirse primero a los pueblos y formar en ellos una nueva conciencia nacional», dice el señor Ingenieros. Pero ¿cómo? «Ensanchando el concepto de patria y haciéndolo continental». Para el Sr. Ingenieros, el dilema está ya planteado: «O entregarse sumisos y aceptar la Unión Panamericana, o prepararse en común para luchar por la independencia, echando las bases de una Unión Latinoamericana»³⁵⁰.

soberanía petrolífera, lo que daría pie a Ingenieros para recordar lo acontecido en Puerto Rico; Cuba y la enmienda Platt; la secesión panameña; el incidente de Tampico; la intervención en Nicaragua; la ocupación de Haití y Santo Domingo...

349. Panamérica o Hispanoamérica. (26 de enero de 1923). *El Sol*, p. 5.

350. *Ibidem*.

Los deseos de Sanín, Ingenieros y demás intelectuales afines chocarían con una traba insalvable: las disensiones existentes entre los países latinoamericanos respecto a la política exterior estadounidense en el continente. Fuese por miedo o por interés, lo cierto es que el panamericanismo también contaba con sus admiradores, lo que alumbraría no pocas discrepancias entre quienes denostaban las injerencias norteamericanas y aquellos que las juzgaban con tibieza, si no con simpatía.

Un roce de estas características fue el que tendría Sanín con el ministro plenipotenciario panameño, Guillermo Andreve, a causa de una carta del antioqueño publicada, en portada, por *El Sol*. Dicha carta devino, a su vez, de un editorial del diario en el que resaltaban unas polémicas afirmaciones del secretario de Estado norteamericano, Charles Evans Hughes, en las conmemoraciones del centenario de la Doctrina Monroe:

Tenemos cierta política especial de la más alta importancia para los Estados Unidos. Hemos establecido un Canal sobre el Atlántico y el Pacífico: el Canal de Panamá. Es esencial para nuestra paz y seguridad la protección adecuada de este Canal. Nos proponemos defender el Canal de Panamá en todas las circunstancias y no podríamos obrar de otro modo con respecto a cualquier otro canal que se construya entre el Atlántico y el Pacífico³⁵¹.

Tal pretensión desechaba toda posible iniciativa interoceánica fuera del Canal pero, sobre todo, advertía sobre la predisposición norteamericana a abortar todo proyecto que pudieran acometer, a este respecto, los gobiernos de la región³⁵². Un designio que, para Sanín, no solo violaba la libre soberanía de estos países sino que, además, condicionaba su desarrollo futuro al impedirles

351. El nuevo monroísmo. (7 de diciembre de 1923). *El Sol*, p. 5.

352. Paradójicamente la intervención de Hughes comenzaba con un ensalzamiento de la igualdad de derechos entre las repúblicas americanas, su integridad territorial, la solidaridad mutua, la reducción de armamento y el arbitraje

afrontar la construcción de posibles alternativas fuera del control estadounidense.

Mr. Hughes declara que todas esas vías, sea quien fuere su excavador, han de quedar bajo la protección de los Estados Unidos (...). En el caso del Gobierno, lo equívoco de la situación se hace más intolerable, porque la nación es soberana, y el Gobierno no puede enajenar su soberanía sin el consentimiento de los gobernados.

La protección que el gobierno de los Estados Unidos deba prestarles a las naciones americanas, sin la voluntad de estas, o hasta ahora, con su tácito y lamentable consentimiento, envuelve, de rigor, el poder de hacer desembarcos, de fortificar las riberas del canal, de ejercer actos de soberanía y de prolongar la ocupación del territorio hasta que las necesidades de la protección lo exijan, a juicio, ya se entiende, del noble y desinteresado protector. Y hay veinte Repúblicas, soberanas e independientes, que oyen pronunciar estas palabras por un secretario de Estado de una nación extranjera, y no dicen esta boca es mía³⁵³.

Las críticas de Sanín no tardarían en ser secundadas por otras firmas y cabeceras. *El Sol*, en su edición del 4 de enero, publicaría un editorial en el que insistiría en la perversidad e ilegitimidad de la postura estadounidense, exhortando a los pueblos hispanoamericanos a unirse ante el maltrato que estaban sufriendo³⁵⁴. Y Enrique Deschamps, desde las páginas de *Nuevo Mundo*, animaría al colombiano a presentar sus argumentos ante la Sociedad de Naciones o, al menos, trasladar su protesta a los delegados iberoamericanos para que tramitasen la cuestión de manera oficial³⁵⁵.

353. Sanín Cano, B. (30 de diciembre de 1923). Sobre una frase amenazadora de Mr. Hughes. *El Sol*, p. 1.

354. Sanín y el ideal hispánico. (4 de enero de 1924). *El Sol*, p. 5.

355. Deschamps, E. (18 de enero de 1924). *Alarma justificada*. *Nuevo Mundo* (1565), p. 37. También instaría al periodista a invitar a los intelectuales iberoamericanos presentes en Europa a suscribir el documento y enviar una copia de éste a cada una de las cancillerías americanas.

El enojo de Deschamps y del editorialista de *El Sol* contrastaría con la condescendencia del gobierno panameño. Condescendencia que quedaría reflejada en la entrevista que su embajador, Guillermo Andreve, concedería a *La Correspondencia de España* poco tiempo después. Andreve contaba con una dilatada experiencia política y diplomática³⁵⁶, siendo también quien impulsó en su país, como secretario de Instrucción Pública, un proyecto de ley respecto a la obligatoriedad y conservación del castellano, lo que le granjearía grandes elogios en España e Hispanoamérica. No obstante, en lo concerniente a Hughes, el panameño objetaría la interpretación de Sanín, justificando las palabras del secretario de Estado en términos parecidos a los utilizados por éste en la efeméride monroísta:

... tal vez se ha ido un poco lejos en la interpretación de la frase de Mr. Hughes. Los Estados Unidos están obligados a defender el Canal de Panamá contra toda competencia comercial y a defenderse ellos mismos contra todo peligro naval. Un nuevo canal interoceánico en el centro de América afectaría las entradas del Canal de Panamá, y de no estar controlado por el gobierno de los Estados Unidos podrá afectar la seguridad nacional de este país en caso de guerra con otra Potencia. Esta es la razón para que dicho gobierno se haya esforzado en obtener del de Nicaragua la concesión para abrir, cuando lo crea conveniente, un Canal en territorio nicaragüense (...). Y de igual manera procurará adquirir igual concesión de parte de Colombia³⁵⁷.

La respuesta de Sanín vendría semanas después de la mano del mismo periodista — Antonio Fernández de Velasco — quien, tras

356. Secretario de Instrucción Pública durante seis años, en el ámbito diplomático también había ejercido como encargado de Negocios en Costa Rica y ministro residente en Londres. En su historial también constaba el haber sido Presidente de la Asamblea Nacional y Primer Vicepresidente del Poder Ejecutivo. Para cuando le hicieron la entrevista, actuaba como ministro de Panamá en España y Francia.

357. Fernández de Velasco, A. (6 de febrero de 1924). Canales interoceánicos. La cuestión del Pacífico. *La Correspondencia de España*, p. 4.

entrevistar a Andreve, aprovechó un encuentro con el corresponsal para pulsar su opinión respecto a las declaraciones del panameño. Y lo cierto es que la respuesta no pudo ser más incisiva, desbaratando la anuencia del embajador con ejemplos cercanos en el tiempo pero, ante todo, desprendiendo de la cuestión una disyuntiva legitimatoria entre derecho y fuerza de difícil refutación:

La teoría del ministro de Panamá es bien extraña. Es, en resumidas cuentas, la que sirvió a los alemanes para entrar en Bélgica e invadir Francia; la que justificó para invocar su derecho a apoderarse de las colonias de estas naciones, sumamente prolíficas, «pero que no tenían puesto al sol»; la necesidad, en fin, de dar expansión al derecho de la fuerza. Pero ¿es esto derecho?³⁵⁸

Este choque de legitimidades —por no decir la vigencia de la fuerza en problemas de derecho— encauzaría la reflexión hacia el contrasentido inherente al actuar político norteamericano en el exterior y lo que eran sus prácticas internas. O, parafraseando a Sanín, las contradicciones de un país en el que se practicaba la libertad política pero acababa rechazando sus directrices por mor de sus ambiciones³⁵⁹. Una paradoja que, como secuela, impedía la generación de un ambiente pleno de “libertad, democracia y laicismo” sobre el que construir el “suspirado ideal hispanoamericano”.

Las aspiraciones de Sanín, contempladas desde una perspectiva latinoamericana, hacían comprensibles las críticas a Washington y su política exterior. No obstante, fundamentar tales anhelos también exigiría enfrentar el discurso desplegado por las grandes potencias —no sólo por los Estados Unidos— respecto a su

358. Fernández de Velasco, A. (22 de marzo de 1924). Silencio de las Repúblicas. Las herramientas del albéitar. *La Correspondencia de España*, p. 5.

359. “En los Estados Unidos se practica la libertad política y no obstante se rechaza su directriz porque esa misma libertad yace aplastada por la ingente pesadumbre del capitalismo”. *Ibidem*.

supuesta superioridad y autoinducido deber de civilizar el mundo. Un credo nutrido de prejuicios sin base científica pero que, en el tablero geopolítico del poder, sirvió para argumentar y justificar el colonialismo y demás aventuras expansionistas.

Esta cuestión la abordaría Sanín en una conferencia enunciada el 12 de abril de 1924 en los locales de Unión Ibero-Americana. La disertación, titulada “Las revoluciones hispano-americanas”, llamó la atención del personal diplomático latinoamericano acreditado en Madrid, acudiendo no pocos de sus miembros al acto³⁶⁰, tal y como constatarían, entre otros, los reporteros de *El Sol*, *ABC* o *La Correspondencia de España*.

Partiendo de la extendida correlación de la palabra “Hispanoamérica” con términos como “revolución”, “inestabilidad” o “violencia”, Sanín indagaría en el origen de tal asociación y sus motivaciones, siendo en la prensa europea de entre 1870 y 1880 donde encontraría sus primeras manifestaciones. Fue en ese periodo que comenzó a expandirse una visión de la América Hispana globalizada en un concepto —“Repúblicas del Trópico” — que serviría a los medios del Viejo Mundo para “dar una idea de anarquía, de violencias innecesarias o de derramamiento de sangre por razones de poca monta”. O, dicho de otro modo, gestar una imagen tópica y colectiva de desorden, barbarie e inestabilidad íntimamente relacionado con el discurso supremacista ilustrado y el darwinismo social³⁶¹.

La consolidación de tal imagen vendría de la mano de autores como Gustave Le Bon o Benjamin Kidd, a quienes el corresponsal juzgaría con severidad por la superficialidad de sus conclusio-

360. Las revoluciones iberoamericanas. (15 de abril de 1924). *La Correspondencia de España*, p. 5.

361. Para contextualizar lo dicho sería recomendable la lectura de *La Disputa del Nuevo Mundo*, de Antonello Gerbi, así como los clásicos de Herbert Spencer. Respecto a estos últimos, merecen la pena dos lecturas como complementos para un debate: *Social Darwinism in American Thought*, de Richard Hofstadter, y *Social Darwinism. Sciences and Myth in Anglo-American Social*, de Robert C. Bannister.

nes. Le Bon, más conocido que el británico, saldría peor parado en la crítica por la absurda generalización con que — a la hora de hablar de Latinoamérica — adornaba sus escritos³⁶², esbozando un panorama tan calamitoso que, a juicio de Sanín, no admitía salvación posible:

De modo que no hay salvación. Son todas las Repúblicas las que viven en un estado de miserable anarquía, y somos todos los ciudadanos de esas Repúblicas los que estamos completamente desmoralizados. Ahora las revoluciones son permanentes, como si tal cosa fuera posible, y la dilapidación de los tesoros de las Repúblicas, completan. Que un hombre que se llama hombre de ciencia y que tiene el título de doctor use esta clase de lenguaje en una obra científica no deja de causar adecuada sorpresa. Ni aun los periodistas, gremio a quien se le hace con frecuencia el reproche de irresponsable, nos atrevemos a poner esta clase de epítetos cuando abordamos un tema con la debida seriedad³⁶³.

El problema residía en que Le Bon y Kidd eran, prácticamente desde la década de los setenta, referencias indispensables para todo aquel que quería informarse sobre la realidad latinoamericana, perpetuando el estereotipo de continente caótico y violento. Un estereotipo, en todo caso, muy conveniente para los intereses de los países imperialistas, imbuidos por la Providencia en pos de “civilizar a las razas que no eran de color blanco”.

Un maestro de la ironía como Sanín no dejaría pasar la ocasión para satirizar la abnegación con que europeos y norteamericanos camuflaban sus ambiciones. Resaltado el absurdo de una escala jerárquica de razas sin otro criterio que la arbitrariedad de uno de

362. Sanín leería el siguiente extracto de una de sus obras, publicada en 1892: “Se sabe en qué estado de miserable anarquía viven todas las Repúblicas latinas de la América; revoluciones permanentes, dilapidación completa de las finanzas, desmoralización de todos los ciudadanos y, sobre todo, del elemento militar”. Sanín Cano, B. (junio 1924). Las revoluciones hispano-americanas. *Unión Ibero-Americana*. (s.n.), p. 73.

363. *Ibíd.*, pp. 73-74.

sus componentes, el colombiano parodiaría, en tono casi evangélico, la supuesta filantropía de quienes se arrogaban la supremacía a costa de aquellos a los que pretendían civilizar:

Ahora, ¿quiénes eran las gentes de color? Las gentes de color eran 400 millones de chinos, que tienen una civilización muy anterior a la que han implantado los hombres blancos (...) eran el Asia sagrada, el África tenebrosa y, desde luego, toda América. Estos pobres hombres blancos habían echado sobre sí el gravamen extraordinario de cargar con las culpas de los hombres de color y de enseñarles el camino para salvarse y para salvar la civilización³⁶⁴.

La división del género humano en “*gentes de color y gentes descoloridas*” retrotraería a la vieja dicotomía positivista entre civilización y barbarie, pero en lo referente a América sembró una conjetura que no tardó en convertirse en axioma, segmentando al continente en un bloque “civilizado”, limitado a los Estados Unidos y Canadá, y otro compuesto por el resto de países y caracterizado por las continuas revoluciones.

La desarticulación de tales premisas por parte de Sanín se basó en un mero ejercicio comparativo, demostrando cómo el devenir político de las repúblicas americanas era muy similar a la de la Francia del XIX, inestable hasta el extremo y, sin embargo, integrada en el segmento de países civilizados. Lo mismo podía decirse respecto a la solución con que Europa frenó las oleadas revolucionarias: la adopción generalizada del militarismo bismarckiano, que había desembocado en cinco lustros de paz armada y una conflagración de la que aún se pagaban las consecuencias. Así, cotejar cuál de los dos sistemas había resultado más pernicioso –el de las revoluciones continuas o el de la paz armada– dejaba un saldo desolador para los europeos, ya fuese desde una perspectiva económica o bien moral:

364. *Ibidem*, p. 74.

... aceptando este término medio, las revoluciones en América han costado, en el siglo XIX, 418 millones de libras esterlinas, una cifra formidable, que puede compararse con la que gastaban las naciones aliadas durante la última guerra en cuatro semanas. Nosotros necesitábamos un siglo para disponer de esa cantidad en nuestras orgías revolucionarias.

Ahora vamos al saldo moral. Por consecuencia de las guerras civiles, continuas en aquellos países, el sentimiento del patriotismo, en vez de exaltarse, sin llegar a desaparecer, vino a morigerarse (...) y esto, que parece una cosa monstruosa, ha sido, todo lo contrario, una gran ventaja; porque mediante ese eclipse parcial del patriotismo ha sido posible echar las bases de la fraternidad continental³⁶⁵.

El balance del colombiano incluiría una observación obviada por los difusores del estigma latinoamericano: el rol destabilizador desempeñado por las grandes potencias en el continente. A cuenta de ello, Sanín diferenciaría entre “revoluciones naturales” y “revoluciones artificiales”; entre las revoluciones generadas por causas internas y aquellas que habían sido instigadas desde el exterior y, en particular, desde los Estados Unidos. En lo tocante a este asunto el periodista tiró de socarronería al elucubrar una fórmula de cálculo con la que prever y entender la frecuencia revolucionaria en los países latinoamericanos:

Hay una ley que se ha formulado últimamente y que no parece estar en contradicción con los hechos. La fórmula es esta: La frecuencia de las revoluciones sudamericanas está en relación directa con el cubo de la distancia de cada país a los Estados Unidos. Mientras más cerca queda un país de los Estados Unidos mucho más frecuentes son las revoluciones, y el caso de mi país es característico (...). El gobierno de Colombia cedió en 1847 a una compañía americana el derecho a hacer un ferrocarril a través

365. *Ibíd.*, p. 77.

del istmo [sic], y desde ese día la tranquilidad dejó de existir en esa faja privilegiada de territorio (...). Es de notar que casi todas esas asonadas empezaban o acababan en Panamá. El año 1903 (...) los panameños, ayudados por el gobierno de Washington, se separaron de Colombia, que vive desde entonces en completa paz. En 1923 se ha celebrado allí el vigésimo aniversario de la paz, de una paz octaviana. Ya ven ustedes cómo la ley a que me refería anteriormente no es una mera fantasía³⁶⁶.

Los comentarios en torno a la conferencia validarían los argumentos de Sanín. Eduardo Gómez de Baquero “Andrenio”, en la portada de *El Sol*, no solo desecharía la supuesta barbarie de los países latinoamericanos sino que interpretaría sus revoluciones como los tropiezos propios de regímenes jóvenes pero encauzados hacia la modernidad. Con todo, la panorámica que el periodista haría de América Latina denotaría su firme esperanza en cuanto al triunfo del republicanismo y la democracia. Una esperanza totalmente refractaria al régimen primorriverista y su discurso. Lo mismo podría decirse de la crítica de Araquistáin quien, tras alabar sin reservas al colombiano, apuntalaría todos y cada uno de sus argumentos, no haciendo otro reproche al ensayo que su cortedad.

... así muchos europeos y no pocos norteamericanos se imaginan que el concepto de América hispánica va indisolublemente unido a los de revolución, anarquía y, por tanto, en el caso de los Estados Unidos, derecho de intervención pacificante y civilizadora (...). Sucinto es el trabajo del señor Sanín Cano; pero su substancia excede a la de todos los volúmenes de los (...) europeos que no acaban de comprender a América por incapacidad de disociación mental³⁶⁷.

El alegato de Sanín, pese a incidir de manera más insistente en los excesos de Washington, unció en el mismo yugo los abu-

366. *Ibidem*, p. 79.

367. Araquistáin, L. (29 de agosto de 1924). Las revoluciones hispanoamericanas. *La Voz*, p. 1.

sos norteamericanos y europeos. Tal vez por eso sorprende que hubiese quien, de manera indirecta, buscara matizar la incapacidad del Viejo Mundo para disociar “América” y “revolución”³⁶⁸, obviando el historial intervencionista europeo en todos aquellos territorios que habían sido víctimas de sus injerencias. Con todo, el mensaje del colombiano caló exitosamente en la intelectualidad local y entre los miembros de Unión Ibero-Americana, que no demoraría en publicar una versión taquigráfica de la conferencia así como de la crítica de Araquistáin³⁶⁹.

Es evidente que el prestigio de Sanín no solo se consolidó durante su estancia española sino que se acrecentó, lo que explica que la noticia de su partida, pocas semanas después, fuese cubierta por algunas cabeceras. Pese a que la crónica de *El Sol* apuntaría como causa de su adiós su incorporación a la redacción de *La Nación* en Buenos Aires³⁷⁰, lo cierto es que su siguiente destino sería Bogotá, tras comunicársele que había sido elegido representante a la cámara por el partido liberal (Sanín Cano, 1978, p. 391). De este modo, no sería hasta después de su periplo parlamentario que se incorporó al diario porteño, iniciando una nueva etapa profesional como responsable de la Sección de Política Internacional.

A modo de conclusión

La despedida de Sanín y lo que había sido su estancia quedaron perfectamente resumidas en la breve crónica que, al efecto,

368. Tan así sería que un editorial de *El Sol*, en referencia a la conferencia de Sanín y las distintas reacciones, culminaría con una absolución parcial de Europa y sus intenciones: “... en Europa ha repugnado siempre la idea de que es preferible un país pacificado por el borceguí de un invasor extranjero, que convulso por sus antagonismos interiores”. Antirrevolucionarios sospechosos. (15 de mayo de 1924). *El Sol*, p. 5.

369. La conferencia fue publicada en el número de junio, señalando erróneamente como fecha de su enunciación el 10 de abril. La crónica de Araquistáin no saldría a la calle hasta octubre de ese mismo año.

370. Banquete a don Baldomero Sanín Cano. (21 de octubre de 1924). *El Sol*, p. 2.

publicó el *Heraldo de Madrid*, resaltando el buen trabajo realizado en la corresponsalía de *La Nación* y la larga lista de afectos que dejaba “*en la sociedad y el mundo de las letras madrileño*”³⁷¹. De todos modos la despedida del colombiano no supondría su desconexión de los problemas españoles, más bien al contrario. Los vínculos nacidos durante estos años dejarían en el ensayista un poso que se traduciría en preocupación por los aconteceres de la Península y, con el tiempo, en un firme compromiso con su suerte.

Es cierto que Sanín concitó simpatías en todo el arco intelectual, de tal modo que a su adiós igual iría un primorriverista como Maeztu que un socialista como Araquistáin. Lo mismo podría decirse, tal y como hemos visto, en lo concerniente a sus relaciones con el americanismo, cabiendo en su órbita el respeto a un Marchena Colombo —arquetipo de la pomposidad hispanoamericanista— con un relato sobre la Colonia no ajustado a los parámetros más conservadores del movimiento. No obstante, la inclinación política de Sanín —alejada del dogma y discreta en su exhibición— nunca dejó de tender hacia el progresismo. Su cercanía personal y profesional con Araquistáin induce a pensar una empatía ideológica que el tiempo confirmaría pero que, de algún modo, podía colegirse de los escritos de ambos. De la misma manera, aunque Sanín siempre se declararía liberal y Araquistáin, durante la posterior Guerra Civil, llegaría a secundar la vertiente revolucionaria del socialismo, lo cierto es que el colombiano ya sería mentado por algún líder obrerista español —concretamente, Antonio Fabra— como un digno representante de lo mejor del liberalismo europeo frente a un liberalismo hispano que, con frecuencia, flaqueaba en la defensa de la libertad y la democracia, actuando casi como una prolongación del conservadurismo patrio³⁷².

371. Banquete a D. Baldomero Sanín Cano. (20 de octubre de 1924). *Heraldo de Madrid*, p. 6.

372. En la Casa del Pueblo - El movimiento obrero moderno. (18 de abril de 1924). *El Sol*, p. 4.

La propensión del liberal Sanín hacia estas corrientes quedaría de manifiesto durante el conflicto español. La guerra trajo consigo un posicionamiento dentro de la intelectualidad occidental que se traduciría en una quiebra entre quienes secundaron a la República, los partidarios de los sublevados y aquellos que, enfrentados a la tragedia, intentaron distanciarse de ambos bandos. No obstante, el devenir de la conflagración provocaría una progresiva pérdida de apoyos por parte de la República, siendo Sanín uno de los pocos que, en Colombia, seguiría manifestándose a su favor aun cuando la suerte de la guerra ya parecía echada, tal y como recogería Rafael Ureña, representante diplomático de España en Bogotá, en un correo remitido al ministerio de Estado con fecha del 19 de octubre de 1938 (Hernández García, 2006, p. 40).

Es en relación a este contexto que hay que insertar la presencia de Sanín en un organismo como el Comité Nacional Antifascista, impulsado por el Partido Comunista Colombiano y que contaría entre sus dirigentes, además de con el ensayista, con uno de los fundadores del PCC, Rafael Baquero, y con los socialistas Gerardo Molina y Diego Luis Córdoba. Lo mismo puede decirse de su pertenencia al Comité Colombiano de Ayuda al Pueblo Español —de la que sería nombrado Presidente Honorario— así como a otras organizaciones que surgieron en apoyo a la República Española entre 1940 y 1943 (Rubiano, 2015).

Dichas actividades acercaron a Sanín a grupos y organizaciones socialistas y comunistas, más sin que de ello deba colegirse que comulgara plenamente con sus preceptos. En realidad, en este tipo de comités confluían intelectuales de diversas tendencias, pero unidos, por lo general, por sus firmes convicciones democráticas y su oposición al fascismo, características a las que Sanín sumaría su compromiso personal con la España vencida.

Tal ejercicio de coherencia cabe contemplarlo, en todo caso, asistido por el recuerdo de una España ya inexistente, la de ese Madrid lejano de cuya evocación merece rescatar, además, de su

tono nostálgico, la concordia entre gentes a los que la guerra había arrastrado del afecto a la confrontación. Baste para comprobarlo —y para concluir— la rememoranza que haría en uno de sus últimos libros, *De mi vida y otras vidas*, a la anécdota del Café Pombo con motivo de una presentación de Gómez de la Serna, aunando en ella tres amistades con suertes dispares³⁷³ pero que, al trasluz del recuerdo, llevarían a Sanín a glosar una sentencia que contrapondría el antagonismo del presente con la avenencia de esos años: “¡qué variedad tan generosa en los tipos de una sola raza humana! Maeztu, Araquistáin, Gómez de la Serna” (Sanín Cano, 1949, p. 188).

373. Maeztu fue fusilado por los republicanos en octubre de 1936. Araquistáin se exilió tras la guerra a Gran Bretaña y, posteriormente, a Suiza, donde moriría en 1959. En cuanto a Gómez de la Serna, se exilió a Argentina al poco de iniciarse la Guerra Civil, siendo motivo de polémica, aun a día de hoy, su posicionamiento respecto al Franquismo.

Fuentes

ABC (Madrid: 1922, 1923 y 1924).

La Correspondencia de España (Madrid: 1924).

España (Madrid: 1919 y 1920).

Heraldo de Madrid (Madrid: 1924).

Hojas Selectas (Barcelona: 1910). 1910,

El Imparcial (Madrid: 1923).

Hispania (Londres: 1915).

La Libertad (Madrid: 1924).

La Rábida. Revista Colombina Iberoamericana (Huelva: 1923).

El Sol (Madrid: 1923 y 1924).

La Vanguardia (Barcelona: 1921).

La Vida Literaria (Madrid: 1899).

La Voz (Madrid: 1924).

Nuevo Mundo (Madrid: 1924).

Nuestro Tiempo (Madrid: 1902, 1904 y 1907).

Unión Ibero-Americana (Madrid: 1924).

Bibliografía

- Amestoy, I. (s.f.). *Una casa con pedigrí*. Ateneo de Madrid. Recuperado de www.ateneodemadrid.com/index.php/El-Ateneo/Historia/Una-casa-con-pedigrí
- Bannister, R. C. (1989). *Social Darwinism. Sciences and Mith in Anglo-American Social*. Philadelphia, United States: Temple University Press.
- Carilla, E. (1974). La revista de Lugones (*La Revue Sud-Américaine*). *Thesaurus*, 3, 501-525.
- Darío, R. (2014). *Cabezas: pensadores y artistas, políticos, novelas y novelistas*. Alicante, España: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Gerbi, A. (1982). *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- González, P. (1972). Orígenes del modernismo en Colombia: Sanín Cano, Silva y Darío. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 268, 62-92.
- Hernández, J. (2006). *La Guerra Civil Española y Colombia. Influencia del principal conflicto mundial de entreguerras en Colombia*. Bogotá, Colombia: Universidad de La Sabana/Editorial Carrera 7ª.
- Hofstadter, R. (1955). *Social Darwinism in American Thought*. Boston, United States: Beacon Press.
- Maya, R. (1961a). *Baldomero Sanín Cano*. Medellín, Colombia: Academia Antioqueña de la Historia.
- _____ (1961b). *Los orígenes del modernismo en Colombia*. Bogotá, Colombia: Biblioteca de Autores Contemporáneos.
- Montoya, P. (2010). Mito y España. *Estudios de Literatura Colombiana*, 27, 41-55.
- Mora, L. (1936). *Los contertulios de la Gruta Simbólica*. Bogotá, Colombia: Editorial Minerva.
- Pérez, S. (1910). *Eslabones sueltos (Asuntos Colombianos)*. Londres, Inglaterra: Wertheimer, Lea y Cía.
- Rubiano, R. (2013). Baldomero Sanín Cano en *La Nación* de Buenos Aires (1909-1957). Prensa, diplomacia y análisis político internacional. *Historia y Sociedad*, 25, 79-106.

- _____ (1 de septiembre de 2015). *Baldomero Sanín Cano (Río Negro, 1861-Bogotá, 1957). Un intelectual transeúnte y humanista del siglo XX*. Palabras al Margen. Recuperado de <http://palabrasalmargen.com/uncategorized/baldomero-sanin-cano-rionegro-1861-bogota-1957-un-intelectual-transeunte-y-humanista-del-siglo-xx/>
- _____ (1909). *Administración Reyes (1904-1909)*. Lausana, Suiza: Impr. Jorge Bridel & C^a.
- _____ (1949). *De mi vida y otras vidas*. Bogotá, Colombia: Ediciones Revista de América.
- _____ (1977). *Escritos*. Bogotá, Colombia: Academia Antioqueña de Historia.
- Sanín, B., Cobo Borda, J.G. (Comp.). (1978). *El oficio del lector*. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
- Sanín, B., Gómez García, J. G. y Rubiano, R. (2016). *Años de vértigo: Baldomero Sanín Cano y la Revista Hispania (1912-1916)*. Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre Editores.
- Sepúlveda, I. (2005). *El sueño de la Madre Patria: hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid, España: Marcial Pons Historia.
- Triviño, C. (1998). Baldomero Sanín Cano, fluido, cambiante e inclasificable. *Arrabal*, 1, 137-145.
- Urriago, H. (2007). *El Signo del Centauro: variaciones sobre el discurso ensayístico de Baldomero Sanín Cano*. Cali, Colombia: Universidad del Valle.